

Christopher Clark

EL REINO DE HIERRO

Auge y caída de Prusia, 1600-1947

Traducción del inglés
Carlo Caranci

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	15
<i>Historia de Brandemburgo-Prusia en seis mapas</i>	25
1. Los Hohenzollern de Brandemburgo	29
2. Devastación	49
3. Una extraordinaria luz en Alemania	71
4. Majestad	105
5. Protestantes	159
6. Poderes de la tierra	193
7. Lucha por la supremacía	237
8. ¡Atrévete a saber!	311
9. Hibris y Némesis. 1789-1806	353
10. El mundo que construyeron los burócratas	385
11. Tiempos de hierro	423
12. La marcha de Dios a través de la historia	473
13. Escalada	527
14. Esplendor y miseria de la revolución prusiana	563
15. Cuatro guerras	611
16. Fusión con Alemania	665
17. Desenlaces	737
<i>Notas</i>	817
<i>Índice de ilustraciones</i>	915
<i>Índice onomástico y temático</i>	919

INTRODUCCIÓN

El 25 de febrero de 1947 representantes de las autoridades de ocupación aliadas en Berlín firmaban una ley por la que se abolía el estado de Prusia. De ahora en adelante, Prusia pertenecerá a la historia.

El Estado Prusiano, que desde los primeros tiempos ha sido promotor del militarismo y de la reacción en Alemania, ha dejado de existir de facto.

Guiado por su interés por preservar la paz y la seguridad de los pueblos, y con el deseo de garantizar una posterior reconstrucción de la vida política en Alemania sobre bases democráticas, el Consejo de Control decreta lo siguiente:

ARTÍCULO I

El Estado Prusiano junto con su gobierno central y todos sus organismos, queda abolido.¹

La Ley n.º 46 del Consejo de Control aliado era más que una decisión administrativa. Al borrar a Prusia del mapa de Europa, las autoridades aliadas emitían también un juicio sobre este país. Prusia no era precisamente un territorio alemán entre otros, a la par que Baden, Württemberg, Baviera o Sajonia, sino que era el verdadero origen del malestar alemán que había afligido a Europa. Era la razón por la que Alemania se había apartado del camino de la paz y de la modernidad política. «El corazón de Alemania es Prusia», había dicho Churchill ante el Parlamento britá-

nico el 21 de septiembre de 1943. «Es la fuente de la pestilencia recurrente».² La supresión de Prusia del mapa político de Europa era, así, una necesidad simbólica. Su historia se había convertido en una pesadilla que oprimía la mente de los vivos.

El peso de tan ignominioso final influye en el objeto de este libro. En el siglo XIX y comienzos del XX la historia de Prusia se ha pintado con tonos básicamente positivos. Los historiadores protestantes de la Escuela Prusiana celebraban el Estado Prusiano como vehículo de una administración racional y del progreso y de la liberación de la Alemania protestante de las ataduras de la Austria de los Habsburgo y de la Francia bonapartista. Veían, en el estado-nación dominado por Prusia, fundado en 1870, el resultado natural, inevitable y mejor de la evolución histórica alemana desde la Reforma.

Esta visión color de rosa de la tradición prusiana se desvaneció después de 1945, cuando la criminalidad del régimen nazi proyectó su larga sombra sobre el pasado alemán. El nazismo, afirmaba un famoso historiador, no fue un accidente, sino más bien «un síntoma agudo de la crónica enfermedad [prusiana]»; el austriaco Adolf Hitler era «un prusiano por elección» debido a su mentalidad.³ Ganó terreno la visión de que la historia alemana en la época moderna había fracasado en su intento de seguir el camino «normal» (por ejemplo: británico, estadounidense o europeo occidental) hacia una madurez política relativamente liberal y tranquila. Mientras que el poder de las élites e instituciones políticas tradicionales fue destruido en Francia, en Gran Bretaña y en los Países Bajos por las «revoluciones burguesas», así se explicaron las cosas, en Alemania, en cambio, esto no ocurrió nunca. Por el contrario, Alemania siguió una «vía especial» (*Sonderweg*) que culminó en doce años de dictadura nazi.

Prusia jugó un papel clave en este escenario de malformación política, pues fue aquí donde las manifestaciones clásicas de la vía especial parecieron más claramente evidentes. Sobre todo, entre estas se hallaba el poder intacto de los junkers, los nobles terratenientes de las regiones al este del río Elba cuya preponderancia en los gobiernos, en el elemento militar y en la sociedad rural sobrevivió a la época de las revoluciones europeas. Las consecuencias para Prusia y, por extensión, para Alemania, fueron, por lo que parece, desastrosas: una cultura política marcada por la

intolerancia y la intransigencia, una inclinación a reverenciar el poder por encima de los derechos legalmente establecidos y una ininterrumpida tradición de militarismo. Punto central de casi todos los diagnósticos de esta especial vía fue la noción de un proceso de modernización torcido o «incompleto», en el que la evolución de la cultura política fracasó en mantener el paso con las innovaciones y el crecimiento de la esfera económica. De acuerdo con esta lectura, Prusia fue la perdición de la Alemania moderna y de la historia europea. Al imprimir su peculiar cultura política en el naciente estado-nación alemán, ahogó y marginalizó las culturas políticas más liberales del sur de Alemania, lo que estableció las bases del extremismo político y de la dictadura. Sus hábitos de autoritarismo, servilismo y obediencia prepararon el terreno para el colapso de la democracia y el advenimiento de la dictadura.⁴

Este cambio de paradigma en las percepciones históricas sufrió el enérgico contraataque de historiadores (la mayoría alemanes occidentales, y la mayoría con orientaciones políticas liberales o conservadoras) que buscaban rehabilitar la reputación del estado abolido. Estos destacaron los logros positivos —un funcionariado civil incorruptible, una actitud tolerante hacia las minorías religiosas, un código civil (desde 1794) admirado e imitado por los estados alemanes, una tasa de alfabetización (en el siglo XIX) sin igual en Europa, y una burocracia ejemplarmente eficaz—. Llamaron la atención sobre la vitalidad del iluminismo prusiano. Señalaban la capacidad del estado prusiano para transformarse y reconstituirse en tiempos de crisis. Como contrapartida del servilismo político destacado por el paradigma de la vía especial, ponían de relieve notables episodios de insubordinación, en particular el papel jugado por los oficiales prusianos en la conjura para asesinar a Hitler en julio de 1944. La Prusia que dibujaban no carecía de fallos, pero tenía poco en común con el estado racista creado por los nazis.⁵

La culminación de esta labor de evocación histórica fue la masiva exposición de Prusia que se inauguró en Berlín en 1981, y que fue vista por medio millón de visitantes. Sala tras sala, llenas de objetos y paneles de texto elaborados por un equipo internacional de estudiosos, permitían al visitante cruzar por la historia de Prusia a través de una sucesión de escenas y momentos. Había parafernalia militar, árboles genealógicos de

familias aristocráticas, imágenes de la vida en la corte y pinturas históricas de batallas, pero también salas organizadas alrededor de temas como la tolerancia, emancipación y revolución. La finalidad no era cubrir el pasado con un brillo nostálgico (aunque esto era sin duda demasiado positivo para muchos críticos de izquierdas), sino alternar luces y sombras, y así «establecer un balance» en la historia prusiana. Los comentarios sobre la exposición —tanto en los catálogos oficiales como en los medios de comunicación— se centraron sobre el significado de Prusia para los alemanes contemporáneos. Gran parte de la discusión se centró en la lección que se podría o no se podría extraer del agitado viaje de Prusia hacia la modernidad. Se habló de la necesidad de honrar las «virtudes» —un servicio público desinteresado y la tolerancia, por ejemplo—, pero disociándose de las características menos apetecibles de la tradición prusiana, tales como los hábitos autocráticos en política o la tendencia a glorificar los logros militares.⁶

Prusia, más de dos decenios después, sigue siendo una idea que tiene el poder de polarizar. La unificación de Alemania en 1989 y el traslado de la capital de Bonn, «occidental» y católica, a Berlín, «oriental» y protestante, dio lugar a algún recelo respecto al aún no dominado poder del pasado prusiano. ¿Se estaba despertando el espíritu de la vieja Prusia para atormentar a la República alemana? Prusia se había extinguido, pero «Prusia» resurgía como un recuerdo político simbólico. Lo que se había convertido en un eslogan para elementos de la derecha alemana, que veía en las «tradiciones» de la vieja Prusia un virtuoso contrapeso para la desorientación, la erosión de los valores, la corrupción política y el declive de las identidades colectivas en la Alemania contemporánea.⁷ Con todo, para muchos alemanes, «Prusia» sigue siendo sinónimo de algo repelente en la historia alemana: militarismo, conquistas, arrogancia y cerrazón política. La controversia sobre Prusia ha tendido a volver a la vida en cuanto los atributos simbólicos del extinguido estado entran en juego. La nueva sepultura de los restos de Federico el Grande en su palacio de Sans Souci, en agosto de 1991, fue objeto de numerosas e irritadas discusiones y se produjeron fuertes disputas públicas sobre el plan de reconstruir el palacio urbano en la Schlossplatz en el corazón de Berlín.⁸

En febrero de 2002 Alwin Ziel, que por otra parte era un desconocido ministro socialdemócrata en el gobierno del estado de Brandemburgo, consiguió una momentánea notoriedad cuando intervino en un debate sobre una propuesta de fusionar a la ciudad de Berlín con el estado federal de Brandemburgo. «Berlín-Brandemburgo», decía, era una palabra demasiado pesada; ¿por qué no llamar al nuevo territorio «Prusia»? La sugerencia ocasionó una nueva oleada de debates. Los escépticos avisaron sobre el resurgimiento de Prusia, el asunto se discutió en programas de la televisión en toda Alemania, y el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* publicó una serie de artículos bajo la rúbrica «¿Debería existir una Prusia?» (*Darf Preussen sein?*). Entre los participantes estaba el profesor Hans-Ulrich Wehler, un importante exponente de la vía especial alemana, cuyo artículo —un vociferante rechazo de la propuesta de Ziel— llevaba por título «Prusia nos envenena».⁹

Ningún intento de comprender la historia de Prusia puede zafarse del todo al asunto suscitado por estos debates. La cuestión es saber hasta qué punto exactamente Prusia estuvo involucrada en los desastres del siglo xx alemán debe ser una parte de toda valoración de la historia de este estado. Lo que no quiere decir que debemos leer la historia de Prusia (o, en realidad, de cualquier estado) solo desde la perspectiva de la toma del poder por Hitler. Y tampoco nos obliga a situar la evolución de Prusia sobre categorías éticas binarias, aprobando debidamente las luces y deplorando las sombras. Los juicios polarizados que abundan en los debates contemporáneos (y en partes de la literatura histórica) son problemáticos, no solo porque empobrecen la complejidad de la experiencia prusiana, sino también porque comprimen su historia en una teleología nacional de la culpabilidad alemana. Con todo, la verdad es que Prusia era un estado europeo mucho antes de que se convirtiese en un estado alemán. Alemania no fue una realización de Prusia —aquí anticipo uno de los argumentos centrales del presente libro— sino su ruina.

Así, no he hecho ningún intento de separar la virtud y el vicio en la evolución de Prusia o de echarlos en la balanza. No pretendo extrapolar «lecciones» o dispensar consejos morales o políticos a las generaciones presentes o futuras. El lector de estas páginas no encontrará al estado-termitero triste y belicista de algunos tratados prusófobos, ni las confortables

escenas de hogar de la tradición prusófila. Al ser yo un historiador austriaco que escribe en el Cambridge del siglo XXI, me veo felizmente dispensado de la obligación (o tentación) de lamentar o de celebrar la evolución de Prusia. Por el contrario, este libro busca comprender las fuerzas que hicieron y deshicieron a Prusia.

Recientemente está de moda decir que las naciones y estados no son fenómenos naturales sino creaciones contingentes y artificiales. Se dice que son «edificios» que han de ser construidos o inventados, con identidades colectivas que se han «forjado» por actos de la voluntad.¹⁰ Ningún estado moderno reivindica, más que Prusia, y de manera más llamativa esta perspectiva: se trató de un ensamblaje de fragmentos territoriales dispares, que carecían de fronteras naturales o de una cultura nacional, de un dialecto o de una cocina distintivas. Esta situación se vio amplificada por el hecho de que la intermitente expansión territorial de Prusia implicaba la incorporación periódica de nuevas poblaciones, cuya lealtad al estado prusiano debía ser adquirida, al menos en alguna medida, a través de arduos procesos de asimilación. Hacer «prusianos» era una empresa lenta y titubeante cuyo impulso había empezado a disminuir mucho antes de que la historia prusiana llegase a su terminación formal. El propio nombre de «Prusia» poseía una cualidad fabricada, pues no derivaba del corazón septentrional de la dinastía Hohenzollern (la Marca de Brandemburgo, en torno a la ciudad de Berlín), sino de un ducado báltico no adyacente que formaba el territorio más oriental del patrimonio Hohenzollern.* Fue, por decirlo así, el logo que los electores de Brandemburgo adoptaron tras su elevación al estatus de reyes en 1701. El núcleo y la esencia de la tradición prusiana fue la ausencia de tradición. Cómo esta entidad política seca y abstracta adquirió carne y hueso, cómo evolucionó de una lista de molde de títulos principescos hacia algo coherente y vivo y cómo aprendió a hacerse con la lealtad voluntaria de sus súbditos (todas estas cuestiones componen la parte central de este libro).

* Los prusianos, que dieron nombre a la región, eran una etnia báltica (indoeuropea), como los lituanos y letones, entre otros, los pruteni de los romanos; se dividían en 10 tribus; en el siglo XII fueron sometidos sangrientamente por la Orden Teutónica alemana. Asimilados por alemanes y polacos, prácticamente desaparecieron entre los siglos XVII y XVIII, junto con su lengua. Quedan algunos restos en el norte de Polonia. (*N. del T.*)

La palabra «prusiano» sigue siendo, en el lenguaje corriente, un tipo particular de orden autoritario, y es demasiado fácil imaginar la historia de Prusia como la expansión de un plan ordenado por medio del cual los Hohenzollern fueron desplegando el poder del estado, integrando sus posesiones, extendiendo su patrimonio y haciendo retroceder a la nobleza provinciana. En este escenario, el estado surge de la confusión y oscuridad del pasado medieval, cortando sus nexos con la tradición, imponiendo un ordenamiento general y racional. El presente libro pretende desmontar estas afirmaciones. Pretende, en primer lugar, abrir la evolución de Prusia de tal modo que tanto el orden como el desorden tengan cabida. Las experiencias de guerra —el más terrible tipo de desorden— atraviesan la historia de Prusia, acelerando y retardando el proceso de construcción de un estado de formas complejas. En cuanto a la consolidación interna del estado, esto tiene que verse como un proceso fortuito e improvisado que se desplegó en el seno de un marco social dinámico y a veces inestable. La «administración» significó a veces un «mote» que significaba control de la agitación. Bien entrado el siglo XIX, había muchas zonas de las tierras prusianas en las que la presencia del estado se percibía en escasa medida. De todos modos, esto no quiere decir que vayamos a relegar «el estado» al margen de la historia de Prusia. Más bien, debemos comprenderlo como un artefacto de la cultura política, una forma reflexiva de conocimiento. Es uno de los aspectos notables de la formación intelectual de Prusia que la idea de una historia de Prusia diferenciada ha sido entremezclada siempre con reivindicaciones sobre la legitimidad y necesidad del estado. Por ejemplo, el Gran elector afirmaba, a mediados del siglo XVII, que la concentración de poder en las estructuras ejecutivas del estado monárquico era la garantía más fiable contra la agresión exterior. Pero este argumento —a veces repetido por los historiadores bajo la rúbrica de una «primacía objetiva de la política exterior»— era en sí mismo una parte de la historia de la evolución del estado; era uno de los instrumentos retóricos con los que el príncipe sostenía su reclamación de un poder soberano.

Pero consideremos el mismo punto de un modo diferente: la historia del estado prusiano es también la historia de la historia del estado prusiano, ya que el estado prusiano maquilló su historia a medida que pasaba,

desarrollando una narración de su trayectoria pasada cada vez más elaborada y de sus metas en el presente. A comienzos del siglo XIX la necesidad de apuntalar la administración prusiana ante los desafíos revolucionarios provenientes de Francia produjo una escalada discursiva única. El estado prusiano se legitimó a sí mismo como portador de progreso histórico en términos tan exaltados que se convirtió en modelo de un tipo particular de modernidad. Con todo, la autoridad y sublimidad del estado en las mentes de sus contemporáneos instruidos tuvo escasa relación con su peso real en las vidas de la gran mayoría de los súbditos.

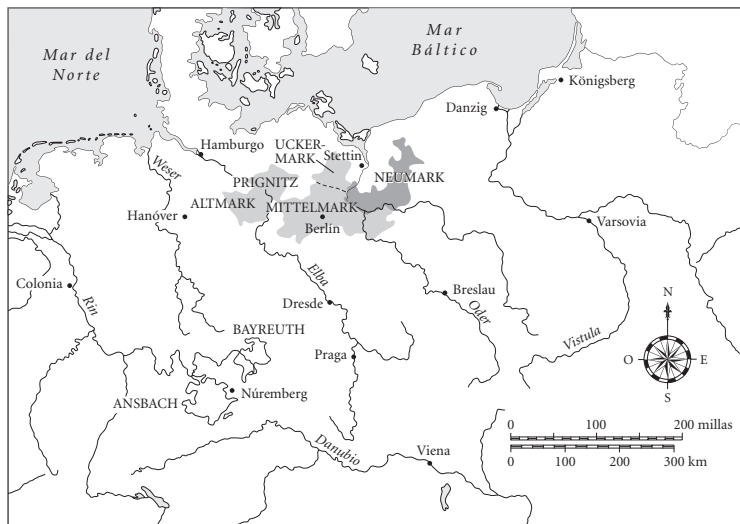
Hay un contraste curioso entre la modestia de la antigua fundación territorial de Prusia y la importancia de su lugar en la historia. Los visitantes de Brandemburgo, la provincia núcleo histórico del estado prusiano, se han asombrado siempre por la exigüidad de los recursos, el sueño provincialismo de sus ciudades. No había muchas cosas que sugiriesen, o al menos explicasen, la extraordinaria carrera histórica del estado prusiano. «Alguien debería escribir una pequeña pieza sobre lo que está ocurriendo ahora», escribía Voltaire al comienzo de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando su rey amigo Federico de Prusia luchaba para rechazar a las fuerzas combinadas de franceses, rusos y austriacos. «Tendría alguna utilidad explicar cómo el país arenoso que es Brandemburgo acabó teniendo tal poder habiéndose realizado contra él mayores esfuerzos de los que se habían hecho contra Luis XIV». ¹¹ La aparente desproporción entre la fuerza manifestada por el estado prusiano y los recursos disponibles del país para sustentarla ayuda a explicar una de las más curiosas características de la historia de Prusia en cuanto potencia europea, en particular la alternancia de los momentos de fuerza precoz con momentos de peligrosa debilidad. Prusia queda ligada en la conciencia pública a la memoria de sus éxitos militares: Rossbach, Leuthen, Leipzig, Waterloo, Königgratz, Sédan. Pero, a lo largo de su historia, Brandemburgo-Prusia estuvo repetidamente al borde de la extinción política: durante la Guerra de los Trece Años, de nuevo durante la Guerra de los Siete Años, y una vez más en 1806, cuando Napoleón aplastó al ejército prusiano y persiguió al rey por el norte de Europa hasta Memel, en el extremo más oriental de su reino. Los períodos de rearme y consolidación militar se vieron entreverados a largos períodos de contracción y declive. El lado oscuro

de los inesperados éxitos de Prusia fue una perdurable sensación de vulnerabilidad que dejó una característica huella en la cultura política del estado.

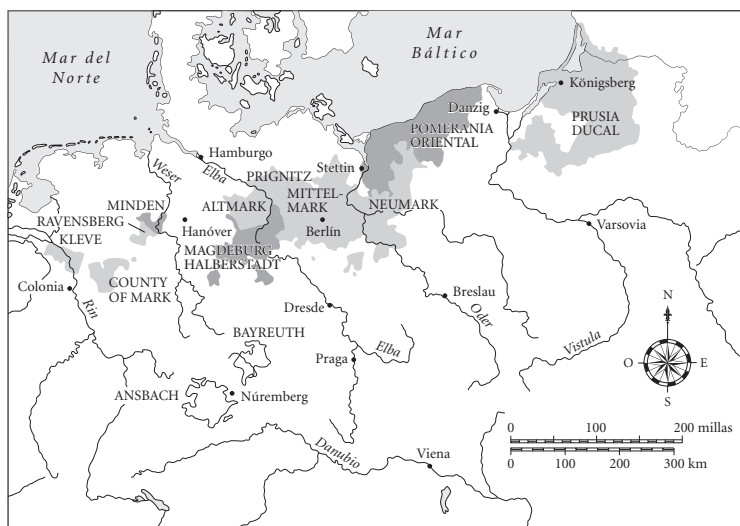
Este libro trata de cómo Prusia se hizo y se deshizo. Solo a través de una apreciación de ambos procesos podemos comprender cómo un estado que un tiempo había destacado notablemente en la conciencia de tantos, pudo, de manera tan abrupta y general, desaparecer, sin que nadie lo llore, del escenario político.

HISTORIA DE BRANDEMBURGO-PRUSIA EN SEIS MAPAS

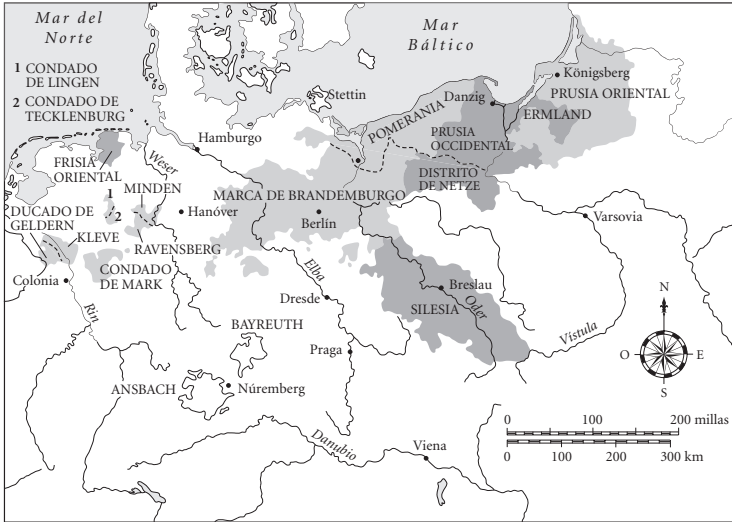
*Fuente: Otto Busch y Wolfgang Neugebauer (coords.),
Moderne Preußische Geschichte 1648-1947. Eine Anthologie
(3 vols., Walter de Gruyter, Berlín, 1981), vol. 3.*



Mapa 1. El Electorado de Brandemburgo a la llegada de los Hohenzollern en 1415.



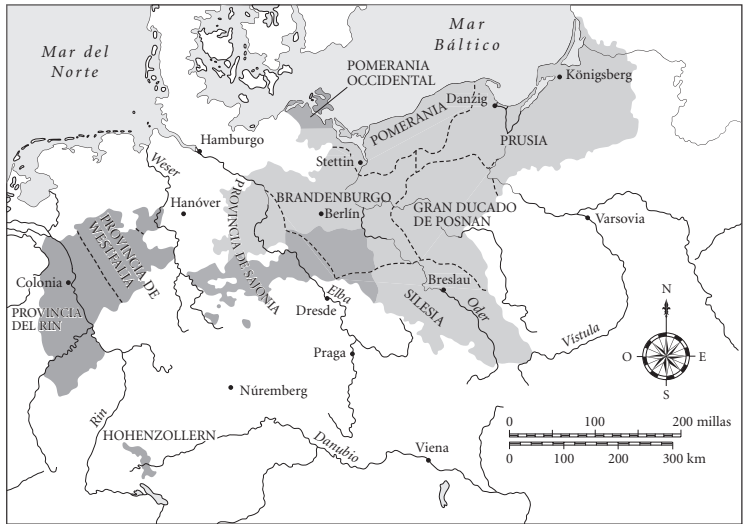
Mapa 2. Brandemburgo-Prusia en tiempos del Gran Elector (1640-1688).



Mapa 3. El Reino de Prusia con Federico el Grande (1740-1786).



Mapa 4. Territorios incorporados a Prusia durante la segunda y tercera partición de Polonia bajo el reinado de Federico Guillermo II.



Mapa 5. Prusia tras el Congreso de Viena de 1815.



Mapa 6. Prusia en tiempos del Primer Reich (1871-1918).

LOS HOHENZOLLERN DE BRANDEMBURGO

El núcleo

En un principio existía solo Brandemburgo, territorio de unos 40.000 kilómetros cuadrados y centrado en la ciudad de Berlín. Este era el corazón del estado que sería conocido como Prusia. Situado en medio de una uniforme llanura que se extiende de los Países Bajos al norte de Polonia, el país brandemburgués ha atraído a muy pocos visitantes. No posee fronteras propias. Los ríos que lo cruzan son perezosas corrientes con meandros sin la grandeza del Rin o del Danubio. Monótonos bosques de abedules y abetos cubren la mayor parte de su superficie. El topógrafo Nicolaus Leuthinger, autor de una de las primeras descripciones de Brandemburgo, la describió en 1598 como «una tierra plana, boscosa y en su mayor parte pantanosa». «Zona arenosa», «llana», «cenagosa» y «sin cultivar» eran lugares comunes recurrentes en todas las descripciones antiguas, incluso en las más elogiosas.¹

Los suelos de gran parte de Brandemburgo eran de mala calidad. En algunas zonas, especialmente en torno a Berlín, el terreno era tan arenoso y ligero que los árboles no podían crecer en él. A este respecto, poco había cambiado hacia mediados del siglo XIX, cuando un viajero inglés que iba hacia Berlín desde el sur, en pleno verano, la describía como «una vasta región de arena desnuda y abrasadora; aldeas, pocas y alejadas entre sí, y bosques de abetos raquíticos, y el terreno bajo ellos está blanquecino debido a una espesa alfombra de musgo de reno».²

Es famosa la observación de Metternich de que Italia era una «expresión geográfica». No puede decirse lo mismo de Brandemburgo. Carecía de acceso al mar y de todo tipo de fronteras naturales defendibles. Era una entidad puramente política, formada con tierras tomadas a los paganos eslavos en la Edad Media y colonizadas por inmigrantes de Francia, Países Bajos, norte de Italia e Inglaterra, y también de las tierras germanas. El carácter eslavo de la población fue borrado gradualmente, aunque quedaron hasta bien entrado el siglo xx bolsas de eslavohablantes —conocidos por «wendos»— en las aldeas del Spreewald, cerca de Berlín. El carácter de frontera de la región, su identidad como el límite oriental de los asentamientos germanos cristianos, quedó conservado semánticamente en el término «Mark», o «marca fronteriza» (como en el caso de la Marca Galesa), usado para el Brandemburgo en conjunto y para cuatro de sus cinco provincias constitutivas: el Mittelmark, en torno a Berlín, el Altmark al oeste; el Uckermark al norte, y el Neumark al este (la quinta era Prignitz, al noroeste).



Los sistemas de transporte eran primitivos. Al carecer Brandemburgo de costa, no había puertos sobre el mar. Los ríos Elba y Óder fluían hacia el septentrión, hacia el mar del Norte y el Báltico a través de las laderas occidentales y orientales de la Marca, pero no había ninguna vía fluvial entre ambos por lo que las ciudades de Berlín y Potsdam quedaban sin acceso directo a las arterias del transporte de la región. En 1548 comenzaron los trabajos de un canal que debía unir el Óder con el río Spree, que corría entre Berlín y su ciudad hermana de Cölln, pero el proyecto resultó demasiado caro y fue abandonado. Ya que en esta época el transporte era mucho más caro por rutas terrestres que por rutas fluviales, la escasez de vías acuáticas navegables entre el este y el oeste fue una seria desventaja estructural.

Brandemburgo quedaba fuera de las zonas manufactureras alemanas basadas en la agricultura especializada (vino, rubia, lino, fustán) y en la lana y la seda, pero no estaba bien dotado de recursos minerales clave (plata, cobre, hierro, zinc, y estaño).³ El más importante centro de actividad metalúrgica era la herrería instalada en la ciudad fortificada de Peitz en los años 1550. Una descripción de la época muestra notables edificios situados en rápidas corrientes de agua artificiales. Una gran rueda hidráulica hacía funcionar los pesados martillos que laminaban y daban forma al metal. Peitz tenía alguna importancia para el elector, cuyas guarniciones dependían de esta para el municionamiento; por otro lado, no tenía mucha importancia económica. El hierro producido aquí era propenso a hacerse pedazos cuando el tiempo era frío. Brandemburgo, pues, no estaba en situación de competir por los derechos aduaneros de la exportación en los mercados regionales y su naciente sector metalúrgico no habría podido sobrevivir sin los contratos del gobierno y las restricciones a la importación.⁴ Nada de esto puede compararse con las florecientes fundiciones en el electorado de Sajonia, en el sudeste, rico en minas de hierro. Ni gozaba de la autosuficiencia en armamento que permitió a Suecia afirmarse como una potencia regional en los primeros años del siglo xvii.

Las primeras descripciones de la topografía agraria de Brandemburgo dan una impresión mixta. La pobre calidad del suelo en gran parte del territorio significa que en varias zonas el rendimiento era bajo.

En ciertos lugares, los suelos se agotaban tan rápidamente que podían sembrarse solo cada seis, nueve o doce años, y esto sin mencionar las bastante grandes extensiones de «arena infecundas» o tierras inundadas, en las que no crecía nada en absoluto.⁵ Por otro lado, había también zonas —en especial en el Altmark y en Uckermark, y el fértil Havelland, al oeste de Berlín— con extensiones suficientes de tierra arable para soportar cultivos intensivos de cereales, y aquí había signos, hacia 1600, de verdadera vitalidad económica. Bajo las favorables condiciones del prolongado ciclo de crecimiento europeo en el siglo xvi, los terratenientes de la nobleza de Brandemburgo amasaron impresionantes fortunas con la producción de grano para la exportación. Muestras de esta riqueza pueden verse en las elegantes casas renacentistas —prácticamente ninguna ha sobrevivido— edificadas por las familias más ricas, una creciente posibilidad de enviar a los hijos fuera para estudios universitarios, y un neto crecimiento en el valor de las propiedades agrícolas. Las oleadas de inmigrantes alemanes del siglo xvi que llegaron a Brandemburgo de Franconia, de los estados sajones, de Silesia y de Renania para establecerse en las granjas no ocupadas fueron una señal más de la creciente prosperidad.

De todos modos, es fácil pensar que los beneficios obtenidos incluso por el más exitoso de los terratenientes no contribuían a ganancias de la productividad o a un crecimiento económico a largo plazo a una escala menos local.⁶ El sistema señorial de Brandemburgo no dejaba excedentes de mano de obra ni generaba suficiente poder adquisitivo que pudiese estimular el tipo de desarrollo urbano que encontrábamos en la Europa occidental. Las ciudades del territorio se desarrollaron como centros administrativos adaptando las manufacturas y el comercio locales, pero siguieron teniendo una entidad modesta. La capital, un asentamiento compuesto conocido entonces por Berlín-Cölln, tenía solo 10.000 habitantes cuando estalló la Guerra de los Treinta Años en 1618 —el núcleo poblacional de la City de Londres en esos años era de unos 130.000 habitantes.

Dinastía

¿Cómo se convirtió este poco prometedor territorio en el corazón de un poderoso estado europeo? La clave reside en parte en la prudencia y ambición de la dinastía gobernante. Los Hohenzollern eran un clan en formación de magnates alemanes del sur. En 1417, Federico Hohenzollern, burgrave del pequeño pero rico territorio de Núremberg, compró Brandemburgo a su entonces soberano, el emperador Segismundo, por 400.000 florines de oro húngaros. La transacción acarreó prestigio y también tierras, pues Brandemburgo era uno de los siete electorados del Sacro Imperio Romano, un muestrario de estados y pequeños estados que se extendían a lo largo de la Europa germánica. Al adquirir el nuevo título, Federico I, elector de Brandemburgo, entraba en un universo político que desde entonces ha desaparecido completamente del mapa de Europa. El «Sacro Imperio Romano de Nación Germana» era, básicamente, un superviviente del mundo medieval de la monarquía cristiana universal, mezclaba la soberanía y los privilegios corporativos. No era un «imperio» en el sentido que se le da en el mundo anglosajón a un sistema de gobierno implantado por un territorio sobre otros, sino con una estructura constitucional flexible centrado en la corte imperial y que abarca más de 300 entidades territoriales soberanas que variaban notablemente en tamaño y estatus legal.⁷ Los sujetos del Imperio incluían no solo a alemanes, sino también a francohablantes, como los valones, flamencos en los Países Bajos, y daneses, checos, eslovacos, eslovenos, croatas e italianos en la periferia norte y este de la Europa germana. Su principal órgano político era la Dieta Imperial, asamblea de delegados que representaban a los principados territoriales, obispados soberanos, abadías, condados y ciudades libres imperiales (miniestados independientes como Hamburgo, y Augusta), que formaban las «posesiones» del Imperio.

Presidiendo este panorama político tan variado se hallaba el Sacro Emperador Romano. Se trataba de un cargo electivo —cada nuevo emperador debía ser elegido tras acuerdo entre los electores— de modo que, en teoría, el cargo podía recaer en un candidato de una dinastía adecuada—. Con todo, desde finales de la Edad Media hasta la abolición formal del Imperio en 1806, las opciones recayeron, en la práctica, en el miembro

masculino de más edad de la familia de los Habsburgo.⁸ En los años 1520, siguiendo un encadenamiento de matrimonios ventajosos y de sucesiones afortunadas (las más importantes de Bohemia y Hungría), los Habsburgo eran con mucho la dinastía alemana más rica y poderosa. Las tierras de la corona de Bohemia incluían el Ducado de Silesia, rico en minerales, y los margravatos de la Lusacia Superior e Inferior, centros manufactureros importantes. Así, la corte habsbúrgica controlaba un impresionante número de territorios que iban del extremo occidental de Hungría a las fronteras meridionales del Brandemburgo.

Cuando se convirtieron en electores de Brandemburgo, los Hohenzollern de Franconia se unieron a una exigua élite de príncipes alemanes —había siete en total— que tenían derecho a elegir al hombre que se convertiría en Sacro Emperador Romano de la Nación Germana. El título electoral era una baza de enorme significado. Confería una preeminencia simbólica a la que se daba una expresión visible no solo en las insignias y ritos políticos soberanos de la dinastía, sino también en los elaborados ceremoniales que acompañaban a todas las funciones oficiales del Imperio. Todo esto situó a los soberanos de Brandemburgo en una posición que periódicamente implicaba intercambios del voto electoral de los territorios por las concesiones políticas y donaciones por parte del emperador. Tales oportunidades surgían no solo con ocasión de una elección imperial como tal, sino también en todas esas veces en que un emperador que aún reinaba trataba de asegurarse un apoyo previo para su sucesor.

Los Hohenzollern trabajaron duro para consolidar y expandir su patrimonio. Hubo pequeñas pero significativas adquisiciones territoriales casi en todos los reinos hasta mediados del siglo XVI. A diferencia de otras dinastías alemanas de la región, los Hohenzollern trataron también de evitar la partición de sus tierras. La ley de sucesión, conocida por *Dispositio Achillea* (1473) garantizó la unidad hereditaria de Brandemburgo. Joaquín I (reinado 1499-1535) se burló de esta ley al ordenar que sus tierras fuesen divididas a su muerte entre sus dos hijos, pero el hijo más joven murió sin progeñe en 1571 y se restableció la unidad de la Marca. En su Testamento Político de 1596, el elector Juan Jorge (reinado 1571-1598) propuso de nuevo la partición de la Marca entre los

hijos de sus matrimonios. Su sucesor, el elector Joaquín Federico, consiguió mantener unida la herencia de Brandemburgo, pero solo gracias a la extinción del linaje familiar meridional de Franconia, lo que le permitió compensar a sus hermanos menores con tierras exteriores al patrimonio de Brandemburgo. Como sugieren estos ejemplos, los Hohenzollern del siglo XVI seguían pensando y actuando como jefes clánicos más que como gobernantes de un estado. Sin embargo, si bien la tentación de colocar en primer lugar a la familia continuó después de 1596, no llegó a ser nunca tan fuerte como para predominar sobre la integridad del territorio. Otros territorios dinásticos de este período fueron fracturándose a lo largo de las generaciones en estados aún más pequeños, pero Brandemburgo continuó intacto.⁹

El emperador Habsburgo cobró gran importancia respecto al horizonte político del elector Hohenzollern de Berlín. Aquel no era exactamente un poderoso príncipe europeo, sino también el hito simbólico y el garante del propio Imperio, cuya antigua constitución era la base de toda soberanía en la Europa germana. El respeto por su poder se entremezclaba con un profundo apego al orden político que personificaba. Aunque nada de esto significaba que el emperador Habsburgo podía controlar o dirigir los asuntos del imperio por sí solo. No existía un gobierno central imperial, ni un derecho imperial para recaudar impuestos, ni un ejército o una fuerza policial imperial permanentes. Doblegar al Imperio a su voluntad era siempre un asunto de negociación, transacciones y maniobras. Debido a todas sus continuidades con el pasado medieval, el Sacro Imperio Romano era un sistema fluido y dinámico caracterizado por un inestable equilibrio de poder.

Reforma

En el decenio de 1520, las energías liberadas por la Reforma alemana agitaron este complejo sistema, generando un proceso de polarización galopante. Un influyente grupo de príncipes territoriales adoptaron la confesión luterana, junto con aproximadamente dos quintos de las Ciudades Libres. El emperador Habsburgo, Carlos V, decidido a salvaguardar

el carácter católico del Sacro Imperio Romano y a consolidar al mismo tiempo su propio dominio imperial, formó una alianza antiluterana. Sus fuerzas consiguieron algunas notables victorias en la Guerra de Esmalcalda de 1546-1547, pero la perspectiva de ulteriores avances de los Habsburgo fue suficiente para aglutinar a los opositores y rivales de la dinastía dentro y fuera del Imperio. A comienzos de los años 1550 Francia, siempre deseosa de bloquear las maquinaciones de Viena, había comenzado a dar apoyo militar a los territorios protestantes alemanes. Las consecuencias del punto muerto resultante fueron el compromiso de arreglo acordado en la Dieta de Augsburgo de 1555. La Paz de Augsburgo reconocía formalmente la existencia de territorios luteranos dentro del Imperio y concedía a los soberanos luteranos el derecho a imponer la conformidad confesional sobre sus propios súbditos.

A lo largo de este agitado período los Hohenzollern de Brandemburgo mantuvieron una política de neutralidad y circunspección. Deseando no enajenarse al emperador, tardaron en comprometerse formalmente con la fe luterana; una vez hecho esto, establecieron una reforma territorial tan cautelosa y tan gradual que necesitó la mayor parte del siglo xvi para llevarse a cabo. El elector Joaquín I de Brandemburgo (1499-1535) quiso que sus hijos permaneciesen en el seno de la Iglesia católica, pero en 1527 su mujer Isabel de Dinamarca tomó el asunto en sus manos y se convirtió al luteranismo antes de huir a Sajonia, donde se colocó bajo la protección del elector luterano Juan.¹⁰ El nuevo elector era también un católico cuando accedió al trono de Brandemburgo con el nombre de Joaquín II (reinado 1535-1571), pero en seguida siguió el ejemplo de su madre y se convirtió a la fe luterana. Aquí, como en otras muchas ocasiones posteriores, las mujeres de la dinastía jugaron un papel crucial en el desarrollo de la política confesional de Brandemburgo.

Aun con su simpatía personal por la causa de la reforma religiosa, Joaquín II no se precipitó a incluir formalmente su territorio en la nueva fe. Todavía le gustaba la antigua liturgia y la pompa del ritual católico. Deseaba fuertemente, además, no dar ningún paso que pudiese dañar la posición de Brandemburgo dentro del entramado de un Imperio todavía predominantemente católico. El retrato pintado hacia 1551 por Lucas Cranach el Joven capta ambos lados del hombre. Vemos una figura impo-



1. *Lucas Cranach*, El elector Joaquín II (1535-1571), c. 1551.

nente, de pie, con los puños apoyados sobre el vientre expuesto, cubierto por las enjoyadas vestiduras de la corte en esa época. Hay una actitud vigilante en sus rasgos. Unos ojos precavidos miran oblicuamente desde su cuadrado rostro.

Durante las grandes luchas políticas del Imperio, Brandemburgo aspiró a un papel de agente conciliador y honesto. Los enviados del elector se vieron implicados en varias intentonas fallidas de pergeñar un compromiso entre el campo protestante y el católico. Joaquín II se distanció de los príncipes protestantes más radicales e incluso envió un pequeño contingente de tropas a caballo para apoyar al emperador en la Guerra de Esmalcalda. No fue hasta 1563, durante la calma relativa que siguió a la Paz de Augsburgo, cuando Joaquín formalizó su adhesión personal a la nueva religión, por medio de una confesión de fe pública.

Solo en el reinado del elector Juan Jorge (1571-1598), hijo de Joaquín II, las tierras de Brandemburgo comenzaron a desarrollar un carácter más firmemente luterano. Fueron nombrados luteranos ortodoxos para cargos profesionales en la Universidad de Fráncfort del Óder, la reglamentación de la iglesia de 1540 fue revisada completamente para adaptarla más fielmente a los principios luteranos, y se llevaron a cabo dos inspecciones territoriales de iglesias (1573-1581 y 1594) para garan-

tizar que la transición al luteranismo se cumplía a niveles provinciales y locales. Sin embargo, en la esfera de la política imperial, Juan Jorge siguió siendo un partidario leal de la corte de los Habsburgo. Incluso el elector Joaquín Federico (reinado 1598-1608), que de joven se había opuesto al bando católico con su apoyo abierto a la causa protestante, suavizó su postura cuando subió al trono, y se distanció de las distintas combinaciones protestantes, en un intento de obtener concesiones religiosas de la corte imperial.¹¹

Si bien los electores de Brandemburgo eran prudentes, no les faltaba ambición. Para un estado que carecía de fronteras defendibles o de recursos para alcanzar sus objetivos por medios coercitivos, el instrumento político preferido eran los matrimonios. Observando las alianzas matrimoniales de los Hohenzollern del siglo XVI, nos sorprende el punto de vista aleatorio: en 1502 y de nuevo en 1523, hubo matrimonios con la Casa de Dinamarca, por medio de los que el elector reinante esperaba (en vano) adquirir la posibilidad de reclamar partes de los ducados del Schleswig y del Holstein y un puerto en el mar Báltico. En 1530, su hija se casó con el duque Georg I de Pomerania, con la esperanza de que un día Brandemburgo heredaría el ducado y adquiriría una franja de costa báltica. El rey de Polonia era otro de los jugadores importantes en los cálculos brandemburgueses. Este era el señor feudal supremo del Ducado de Prusia, un principado báltico que había estado bajo el control de la Orden Teutónica hasta su secularización en 1525, y gobernado a partir de esa fecha por el duque Albrecht von Hohenzollern, primo del elector de Brandemburgo.

Esto se debió en parte a que quería poner sus manos sobre este apetecible territorio, por lo que el elector Joaquín II casó con la princesa Hedwig de Polonia en 1535. En 1564, cuando el hermano de su mujer se hallaba en el trono polaco, Joaquín obtuvo un éxito cuando sus dos hijos fueron nombrados herederos secundarios del ducado. Tras la muerte del duque Albrecht cuatro años más tarde, este estatus se vio confirmado por el Reichstag polaco de Lublin, abriendo así la perspectiva de la sucesión de Brandemburgo al ducado si el nuevo duque, Albrecht Friedrich, de dieciséis años de edad, moría sin sucesor masculino. Acabó ocurriendo que la apuesta mereció la pena: Albrecht Friedrich vivió, con

escasa salud mental, pero sí física, durante otros cincuenta años, hasta 1618, cuando murió, habiendo engendrado dos hijas, pero ningún hijo.

Entre tanto, los Hohenzollern no perdieron el tiempo, reforzando su reclamación sobre el Ducado de Prusia por todos los medios posibles. Los hijos tomaron el asunto donde los padres lo habían dejado. En 1603, el elector Joaquín Federico convenció al rey polaco para que le otorgase poderes de regente sobre el ducado (lo que era necesario debido a la enfermedad mental del duque reinante). Su hijo Juan Segismundo había consolidado su relación con la Prusia Ducal casándose con la hija mayor del duque Albrecht Friedrich, Ana de Prusia, en 1594, pasando por alto el cándido aviso de su madre de que «no era la más guapa».¹² Luego, con el fin, posiblemente, de prevenir que otra familia se metiese por la fuerza en la herencia, el padre, Joaquín Federico, cuya primera mujer había muerto, se casó con la hermana menor de la mujer de su hijo. El padre era ahora cuñado de su hijo, mientras que la hermana más joven de Ana se convertía también en su suegra.

De este modo, pareció segura una sucesión directa del Ducado de Prusia. Pero el matrimonio entre Juan Segismundo y Ana abrió la perspectiva de una nueva y rica herencia en el oeste. Ana no solo era hija del duque de Prusia, sino también sobrina de otro duque loco alemán, Juan Guillermo, de Jülich-Kleve, cuyos territorios abarcaban los ducados renanos de Jülich, Kleve (Cleves) y Berg, y los condados de Mark y Ravensberg. La madre de Ana, María Eleonora, era la hermana mayor de Juan Guillermo. El parentesco por el lado de su madre no contaba demasiado, a no ser por un pacto entre la Casa de Jülich-Kleve que permitía que las propiedades y títulos de la familia pudiesen pasar a la línea de sucesión femenina. El poco frecuente acuerdo resultaba en que Ana de Prusia fuese la heredera de su tío, lo que hacía que su marido, Juan Segismundo de Brandemburgo, pudiese reclamar las tierras de Jülich-Kleve.¹³ Nada ilustra mejor la cualidad fortuita del mercado de matrimonios en los primeros tiempos de la Europa moderna, con sus brutales conspiraciones transgeneracionales, y su papel en la fase formativa de la historia de Brandemburgo.





Grandes expectativas

A comienzos del siglo xvii los electores de Brandemburgo estaban cerca de unas posibilidades que eran estimulantes pero también problemáticas. Ni el Ducado de Prusia ni los dispersos ducados y condados de la herencia Jülich-Kleve eran colindantes con la Marca de Brandemburgo. Jülich-Kleve se situaba en el borde occidental del Sacro Imperio Romano, pegada a los Países Bajos españoles y a la República Holandesa. Era un conjunto de territorios mixtos en cuanto a su confesión, en una de las regiones más urbanizadas e industrializadas de la Europa germana. La Prusia Ducal luterana —tan extensa, más o menos, como el propio Brandemburgo— quedaba fuera del Sacro Imperio Romano, al este, en la costa báltica, rodeada de tierras de la Unión Polaco-Lituana. Se trataba de un lugar con playas y ensenadas barridas por el viento, llanuras cerealícolas, lagos apacibles, pantanos y bosques sombríos.

No era insólito en los comienzos de la Edad Moderna europea, para territorios geográficamente dispersos, acabar bajo la autoridad de un solo soberano, aunque las distancias existentes en este caso eran inusualmente grandes. Más de 700 kilómetros de carreteras y caminos —muchos de los cuales eran prácticamente intransitables en tiempo lluvioso— había entre Berlín y Königsberg.

Estaba claro que las reclamaciones de Brandemburgo encontrarían oposición. Un influyente partido, en la Dieta polaca, se oponía a la sucesión de Brandemburgo, y había al menos siete importantes rivales pretendientes de la herencia de Jülich-Kleve, de los cuales el más fuerte sobre el papel (después de Brandemburgo) era el duque de Pfalz-Neuburg, en el oeste de Alemania. Tanto la Prusia Ducal como Jülich-Kleve estaban situados, además, en zonas de elevada tensión internacional. Jülich-Kleve cayó en la órbita de la lucha de los holandeses por independizarse de España, que había estallado intermitentemente desde los años 1560; la Prusia Ducal estaba en una zona de conflicto entre la Suecia expansionista y la Unión Polaco-Lituana. La estructura militar del Electorado se basaba en un sistema arcaico de reclutamiento feudal, que se hallaba en rápido declive desde hacía más de un siglo en 1600. No había un ejército permanente, salvo unas cuantas compañías de guardias de corps y algunas insignificantes guarnicio-

nes de fortalezas. Aun suponiendo que Brandemburgo fuese capaz de hacerse con ellos en primer lugar, conservar los nuevos territorios habría requerido la utilización de considerables recursos.

Pero ¿de dónde podrían venir estos recursos? Todo intento de ampliar la base fiscal del elector con el fin de financiar la adquisición de nuevos territorios se encontraría, sin duda, con una rotunda oposición interna. Al igual que muchos príncipes europeos, los electores de Brandemburgo compartían el poder con una serie de élites regionales, organizadas en cuerpos representativos llamados estados. Los estados aprobaban (o no) los impuestos recaudados por el elector y (desde 1549) administraban sus recaudaciones. A cambio, poseían amplios poderes y privilegios. Por ejemplo, el elector tenía prohibido formar parte de alianzas sin primero obtener la aprobación de los estados.¹⁴ En una declaración publicada en 1540, y reiterada en varias ocasiones hasta 1653, el elector llegó a prometer, incluso, que «no decidiría ni emprendería nada importante de lo que pudiera depender el florecimiento o el declinar del país, sin preaviso o consulta a todos nuestros estados».¹⁵ Por ello sus manos estaban atadas. Las noblezas provinciales tenían la parte del león de la riqueza de la tierra del Electorado; y eran, asimismo, los más importantes acreedores del elector. Sin embargo, su visión de las cosas era vehementemente parroquial; no tenían ningún interés en ayudar al elector en la adquisición de territorios remotos sobre los que no sabían nada, y se oponían a toda acción que pudiese minar la seguridad de la Marca.

El elector Joaquín Federico era consciente de la escala del problema. El 13 de diciembre de 1604 anunciaba el establecimiento de un Consejo Privado (*Geheimer Rat*), cuerpo formado por nueve consejeros cuya tarea era supervisar «los altos e importantes asuntos que nos preocupan», en especial los relacionados con las reclamaciones respecto a Prusia y a Jülich.¹⁶ El Consejo Privado se oponía a funcionar colegialmente, por lo que los asuntos debían ser sopesadas desde toda una serie de ángulos con una gran solidez de puntos de vista. Nunca se convirtió en el núcleo de una burocracia estatal —el calendario de las reuniones regulares proyectado en el orden original, no se observó nunca y su función se redujo a ser meramente consultiva—.¹⁷ Pero la amplitud y diversidad de sus res-

ponsabilidades marcó una nueva determinación dirigida a concentrar la toma de decisiones en el más alto nivel.

Hubo también una nueva política matrimonial orientada hacia Occidente. En febrero de 1605, el nieto del elector, que tenía diez años, Jorge Guillermo, fue prometido a la hija, de ocho años de edad, de Federico IV, el elector palatino. El Palatinado, un notable y rico territorio sobre el Rin, era el principal centro alemán del calvinismo, una forma rigurosa de protestantismo que había roto de manera más radical que los luteranos con el catolicismo. Durante la segunda mitad del siglo xvi la fe calvinista, o reformada, había puesto pie en partes de Alemania Occidental y meridional. Heidelberg, capital del Palatinado, era el centro de una red de relaciones militares y políticas que abarcaba a muchas de las ciudades y principados calvinistas alemanes, pero que también se extendía a las potencias calvinistas extranjeras, sobre todo la República Holandesa. Federico IV poseía una de las fuerzas armadas más formidables de la Alemania Occidental, y el elector esperaba que unas relaciones más estrechas le aportarían apoyo estratégico para las reclamaciones de Brandemburgo en el oeste. Sintiendo bastante seguro, en abril de 1605 se formalizó una alianza entre Brandemburgo, el Palatinado y la República Holandesa, por la que los holandeses, a cambio de subsidios militares, aceptaron mantener 5.000 hombres dispuestos a ocupar Jülich para el elector.

Esto era una desviación. Al aliarse con los intereses militantes de los calvinistas, los Hohenzollern se habían situado al margen del acuerdo alcanzado en Augsburgo en 1555, que había reconocido el derecho de tolerancia para los luteranos, pero no para los calvinistas. Ahora Brandemburgo se ponía de acuerdo con algunos de los peores enemigos del emperador Habsburgo. Una separación se producía entre quienes tomaban las decisiones en Berlín. El elector y la mayoría de sus consejeros preferían una política de cautela y moderación. Pero un grupo de figuras influyentes en torno al hijo mayor del elector, el gran bebedor Juan Segismundo (reinado 1608-1619) optó por la línea dura. Uno de estos era el consejero del Consejo Privado Ottheinrich Bylandt zu Rheydt, él mismo nativo de Jülich. Otro era la mujer de Juan Segismundo, Ana de Prusia, la portadora de la reclamación sobre Jülich-Kleve. Apoyado por sus partidarios —o quizá conducido por ellos— Juan Segismundo presionó para que se

diesen unas más estrechas relaciones con el Palatinado; e incluso afirmó que Brandemburgo debería tomar la delantera en cualquier disputa sobre la sucesión de Jülich-Kleve invadiéndola y ocupándola con anticipación.¹⁸ No será la última vez que en la historia del estado de los Hohenzollern la élite política se polarice en torno a opciones opuestas de política internacional.

En 1609 el viejo y loco duque de Jülich-Kleve finalmente murió, activando la reclamación brandemburguesa sobre sus territorios. El momento no podía ser más propicio. El conflicto regional entre los Habsburgo de España y la República Holandesa todavía bullía, y la herencia se hallaba en el estratégico y vital corredor militar que llevaba a los Países Bajos. Para empeorar las cosas, se había producido una notable escalada en las tensiones confesionales a lo largo del imperio. Siguiendo una secuencia de encarnizadas disputas religiosas, surgieron dos alianzas confesionales opuestas: la Unión Protestante en 1608, encabezada por el Palatinado calvinista, y la Liga Católica en 1609, dirigida por el duque Maximiliano de Baviera, bajo la protección del emperador. En tiempos menos agitados, el elector de Brandemburgo y el duque de Pfalz-Neuburg se habrían dirigido, sin duda, al Emperador para resolver la disputa sobre Jülich-Kleve. Pero en el clima partidista de 1609, podía no confiarse en la neutralidad del emperador. Por el contrario, el elector decidió rodear los mecanismos del arbitraje imperial y firmar un acuerdo separado con su rival: ambos príncipes ocuparían el territorio disputado conjuntamente, a la espera de una posterior resolución de sus reclamaciones.

Su acción provocó una crisis de envergadura. Se enviaron tropas imperiales desde los Países Bajos españoles para supervisar la defensa de Jülich. Juan Segismundo se unió a la Unión Protestante, que hizo público su apoyo a los dos demandantes y movilizó un ejército de 5.000 hombres. Enrique IV de Francia se mostró interesado y decidió intervenir del lado de los protestantes. Solo el asesinato del rey francés en mayo de 1610 evitó el estallido de un conflicto mayor. Una fuerza compuesta por tropas holandesas, francesas, inglesas y de la Unión Protestante penetró en Jülich y asediaron a la guarnición católica. Mientras tanto, nuevos estados acabaron uniéndose a la Liga Católica y al emperador, en su furia hacia los demandantes, concedieron todo el complejo de Jülich-Kleve al elector de

Sajonia, haciendo temer la inminencia de una invasión conjunta sajona-imperial de Brandemburgo. En 1614, tras nuevas disputas, el legado Jülich-Kleve fue dividido —a la espera de un arreglo final— entre los dos demandantes: el duque de Pfalz-Neuburg recibió Jülich y Berg, mientras Brandemburgo se hacía con Cleves, Mark, Ravensberg y Ravenstein (véase p. 40).

Se trataba de adquisiciones de considerable importancia. El Ducado de Cleves estaba a caballo del río Rin, asomándose al territorio de la República Holandesa. En la Baja Edad Media, la construcción de un sistema de diques había recuperado el fértil suelo de las tierras inundadas del Rin, transformando el territorio en la panera de los Países Bajos. El Condado de Mark era menos fértil y estaba menos poblado, pero había notables bolsas de actividad minera y metalúrgica. El pequeño Condado de Ravensberg dominaba estratégicamente la importante ruta comercial que unía la Renania con la Alemania del noreste, y poseía una floreciente industria del lino, concentrada principalmente en torno a Bielefeld, la capital. El exiguo Señorío de Ravenstein, situado sobre el río Mosa, era un enclave dentro de la República Holandesa.

En un determinado momento, estuvo claro para el elector que se había extralimitado. Sus escasos ingresos le habían hecho jugar un pequeño papel de apoyo en el conflicto sobre la reclamación de la herencia.¹⁹ Con todo, su territorio quedaba ahora más expuesto de lo que nunca había estado antes. En 1613 hubo una ulterior complicación, al anunciar Juan Segismundo su conversión al calvinismo, con lo que dejaba a su casa fuera del acuerdo religioso de 1555. El notable significado a largo plazo de este paso lo tratamos en el capítulo 5; a corto plazo, la conversión del elector se consideró un ultraje para la población luterana, sin que se constataran beneficios a corto plazo para la política exterior del territorio. En 1617, la Unión Protestante, cuyo compromiso con la causa de Brandemburgo había sido siempre frágil, retiró su apoyo inicial a las reclamaciones brandemburguesas.²⁰ Juan Segismundo respondió renunciando a la Unión. Como dijo uno de sus consejeros, aquel se había unido a esta solo con la esperanza de garantizar su herencia; su territorio estaba «tan alejado que [la Unión] no podía tener otra utilidad para él».²¹ Y Brandemburgo se quedó solo.

Quizá una clara conciencia de esta situación apurada aceleró el declive personal del elector desde 1609. El hombre que había desplegado tanto vigor e iniciativa como príncipe heredero parecía agotado. Su afición a la bebida, que siempre había sido entusiasta, estaba ahora fuera de control. Según una anécdota, recordada por Schiller, Juan Segismundo arruinó la posibilidad de una alianza matrimonial entre su hija y el hijo del duque de Pfalz-Neuburg al pinchar a su futuro yerno en una oreja en plena intoxicación, pero puede muy bien ser apócrifa.²² Pero es posible que historias semejantes sobre su comportamiento de borracho violento e irracional fuesen creídas en los años 1610. Juan Segismundo acabó siendo obeso y letárgico, e intermitentemente incapaz de llevar los asuntos de gobierno. En 1616, un ataque le afectó seriamente el habla. En el verano de 1618, cuando murió en Königsberg el duque de Prusia, activando otra reclamación de los Hohenzollern sobre otro remoto territorio, Juan Segismundo pareció, según un visitante, «*lebendigtot*», suspendido entre la vida y la muerte.²³

La cuidadosa labor de tres generaciones de electores Hohenzollern había modificado las perspectivas futuras de Brandemburgo. Por primera vez, podemos discernir el esbozo embrionario de la extendida estructura territorial con remotas dependencias al este y al oeste que darían forma al futuro de lo que un día sería conocido por Prusia. Pero siguió existiendo una gran diferencia entre sus compromisos y sus recursos. ¿De qué modo la Casa de Brandemburgo iba a defender sus reclamaciones contra sus muchos rivales? ¿Cómo iba a garantizar el cumplimiento de sus obligaciones fiscales y políticas en los nuevos territorios? Eran preguntas difíciles de contestar, incluso en tiempos de paz. Pero hacia 1618, pese a los esfuerzos desde varios puntos para negociar un compromiso, el Sacro Imperio Romano iba a entrar en una era de encarnizadas guerras religiosas y dinásticas.

DEVASTACIÓN

Durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) las tierras alemanas se convirtieron en el teatro de una catástrofe europea. Una confrontación entre el emperador Habsburgo Fernando II (reinado 1619-1637) y las fuerzas protestantes en el seno del Sacro Imperio Romano, que se amplió hasta incluir a Dinamarca, Suecia, España, la República Holandesa y Francia. Conflictos que eran de alcance continental se dirimieron en los territorios de los estados alemanes: la lucha entre España y la disidente República de Holanda, una confrontación entre las potencias del norte por el control de Báltico y la tradicional rivalidad entre grandes potencias, la Francia de los Borbones y los Habsburgo.¹ Si bien hubo batallas, asedios y ocupaciones militares en todas partes, el grueso de los enfrentamientos se produjo en las tierras alemanas. Para Brandemburgo, poco protegido y sin salida al mar, la guerra fue un desastre que puso de manifiesto todas las debilidades del Estado electoral. En un momento crucial durante el conflicto, Brandemburgo se enfrentó a opciones imposibles. Su destino dependió completamente de la voluntad ajena. El elector fue incapaz de proteger sus fronteras, mandar o defender a sus súbditos o incluso garantizar la persistencia de su título. Mientras los ejércitos se movían a través de las provincias de la Marca, el imperio de la ley quedó suspendido, las economías locales acabaron arrasadas y la continuidad del trabajo, del domicilio, de la memoria se vio irreversiblemente quebrada. Las tierras del elector, escribió Federico el Grande un siglo y medio más tarde, «estaban asoladas por la Guerra de

los Treinta Años, cuya marca mortal fue tan profunda que sus huellas pueden discernirse todavía cuando escribo».²

En los frentes (1618-1640)

Brandemburgo entró en este peligroso período sin apenas preparación para los retos a los que hubo de hacer frente. Dado que su potencial militar era poco importante, carecía de medios para negociar recompensas o concesiones de amigos o enemigos. Al sur, lindantes con las fronteras del Electorado, se hallaban Lusacia y Silesia, ambas tierras hereditarias de la corona bohemia de los Habsburgo (aunque Lusacia estaba arrendada a Sajonia). A occidente de ambas, fronterizo también con Brandemburgo, se encontraba la Sajonia electoral, cuya política, en los primeros años de la guerra, consistió en operar en estrecha armonía con el emperador. En el flanco norte de Brandemburgo, sus mal defendidas fronteras quedaban abiertas a las tropas de las potencias bálticas protestantes, Dinamarca y Suecia. Nada había entre Brandemburgo y el mar si exceptuamos al débil Ducado de Pomerania, gobernado por el anciano Boguslav XIV. Ni en el oeste ni en la remota Prusia Ducal el elector de Brandemburgo poseía los medios para defender de una invasión sus territorios de reciente adquisición. Así, pues, había todas las razones para ser cauto, preferencia subrayada por la todavía arraigada costumbre de delegar en el emperador.

El elector Jorge Guillermo (reinado 1619-1640), hombre tímido e indeciso, mal dotado para los problemas extremos de su época, transcurrió los primeros años de guerra evitando comprometerse con alianzas que pudiesen consumir sus escasos recursos o que expusiesen su territorio a represalias. Dio su apoyo moral a la insurgencia de los territorios bohemios protestantes contra el emperador Habsburgo, pero cuando su cuñado, el elector palatino, marchó hacia Bohemia para luchar por la causa, Jorge Guillermo se mantuvo fuera de conflicto. A mediados de los años 1620, cuando se estaba tramando una coalición antihabsbúrgica entre las cortes de Dinamarca, Suecia, Francia e Inglaterra, Brandemburgo manióbró con gran inquietud en los márgenes de la diplomacia de las grandes potencias. Se hicieron intentos para persuadir a Suecia, cuyo rey había

2. Retrato de Jorge Guillermo (1619-1640), xilgrabado de Richard Brend'amour basado en un retrato contemporáneo.



contraído matrimonio con la hermana de Jorge Guillermo en 1620, para que organizase una campaña contra el emperador. En 1626, otra de las hermanas de Jorge Guillermo fue casada con el príncipe de Transilvania, un noble calvinista, cuyas continuas guerras contra los Habsburgo —con apoyo turco— habían hecho de él el más formidable de los enemigos del emperador. Sin embargo, al mismo tiempo, se daban vehementes garantías de lealtad al emperador católico, y Brandemburgo evitó la alianza antiimperial de La Haya de 1624-1626 entre Inglaterra y Dinamarca.

Nada de todo esto podía proteger al Electorado de las presiones e incursiones armadas de ambos bandos. Después de que los ejércitos de la Liga Católica mandada por el general Tilly derrotaran a las fuerzas protestantes en Stadlohn en 1623, los territorios westfalianos de Mark y Ravensburg se convirtieron en zonas de acuartelamiento para las tropas de la Liga. Jorge Guillermo comprendió que solo podrían quedar fuera de los problemas si su territorio estuviese capacitado para defenderse por sí mismo contra todos los que pudiesen venir. Pero faltaba dinero para una política efectiva de neutralidad armada. Los propietarios, predominantemente luteranos, sospechaban de sus lealtades calvinistas y se negaban a financiarlas. En 1618-1620, sus simpatías iban en gran medida hacia el

emperador católico, y temían que su elector calvinista arrastrase a Brandemburgo hacia peligrosos compromisos internacionales. La mejor política, tal como ellos la veían, era esperar fuera de la tormenta y evitar atraer la atención hostil de cualquiera de los beligerantes.

En 1626, cuando Jorge Guillermo se esforzaba por sacar dinero de sus estamentos, el general palatino, conde Mansfeld, invadió Altmark y Prignitz, con sus aliados daneses que lo apoyaban de cerca. Estalló una carnicería. Las iglesias fueron destrozadas y saqueadas, la ciudad de Nauen fue arrasada hasta los cimientos, las aldeas fueron incendiadas cuando las tropas intentaron apropiarse del dinero y los bienes escondidos de los habitantes. Cuando fue reprendido por esto por un ministro decano de Brandemburgo, el enviado danés Mitzlaff respondió con sorprendente arrogancia: «Le guste o no al elector, el rey [danés] seguirá de todas maneras. ¡Quien no esté con él estará contra él!».³ De todos modos, apenas los daneses se habían sentido como en casa, en Mark, habían sido rechazados por sus enemigos. Al final del verano de 1626, tras la victoria imperial y liguista cerca de Lutter-am-Barenberg, en el Ducado de Brunswick (27 de agosto), las tropas imperiales ocuparon Altmark, mientras los daneses se retiraban al interior de Prignitz y del Uckermark, hacia el norte y noroeste de Berlín. Aproximadamente por las mismas fechas, el rey Gustavo Adolfo de Suecia desembarcó en la Prusia Ducal, donde estableció una base de operaciones contra Polonia, ignorando completamente las reclamaciones del elector. También el Neumark fue invadido y saqueado por mercenarios cosacos al servicio del emperador. La magnitud de la amenaza a la que se enfrentaba Brandemburgo quedó evidenciada por la suerte de los duques del vecino Mecklemburg. Como castigo por apoyar a los daneses, el emperador depuso a la familia ducal y otorgó Mecklemburg como botín a su poderoso comandante, el empresario militar conde de Wallenstein.

Parecía llegado el momento para cambiar hacia una más estrecha colaboración con el campo Habsburgo. «Si este negocio continúa», le dijo Jorge Guillermo a un confidente en un momento de desesperación, «me volvería loco, pues estoy muy afligido. [...] Debería unirme al emperador, no tengo alternativa; solo tengo un hijo; si el emperador continúa, entonces supongo que mi hijo y yo podremos seguir siendo electores».⁴ El 22

de mayo de 1626, pese a las protestas de sus consejeros y de los estamentos, que habrían preferido una rigurosa política de neutralidad, el elector firmó un tratado con el emperador. Según los términos del acuerdo, el Electorado quedaba abierto totalmente a las tropas imperiales. A esto siguieron malos tiempos, pues el comandante supremo imperial, conde de Wallenstein, tenía por costumbre hacerse con provisiones, alojamientos y pagos para sus tropas a costa de la población de la zona ocupada.

Así, Brandemburgo no obtuvo ningún beneficio de la alianza con el emperador. En realidad, a medida que este fue haciendo retroceder a sus enemigos y se aproximaba al apogeo de su poder a finales de los años 1620, el emperador Fernando II pareció ignorar totalmente a Jorge Guillermo. En el Edicto de Restitución de 1629, el emperador anunció que tenía intención de «reclamar», por la fuerza si fuese necesario, «todos los arzobispados, obispados, prelaturas, monasterios, hospitales y fundaciones» que los católicos habían poseído en el año 1552 —un programa con profundas implicaciones nocivas para Brandemburgo, donde numerosos establecimientos eclesiásticos habían sido colocados bajo administración protestante. El Edicto confirmaba el acuerdo de 1555, que excluía a los calvinistas de la paz religiosa en el imperio; solo la fe católica y la luterana gozaban de un estatus oficial—, «todas las demás doctrinas y sectas quedan prohibidas y no pueden ser toleradas».⁵

La abrupta irrupción de Suecia en la guerra alemana en 1630 alivió la situación de los estados protestantes, pero provocó un aumento de la presión política sobre Brandemburgo.⁶ En 1620 la hermana de Jorge Guillermo, María Eleonora, había sido casada con el rey Gustavo Adolfo de Suecia, una extraordinaria figura cuyo apetito por la guerra y la conquista iba acompañado por un celo misionero por la causa protestante en Europa. A medida de que aumentaba su implicación en el conflicto alemán, el rey sueco, que no tenía ningún otro aliado alemán, decidió garantizar una alianza con su cuñado Jorge Guillermo. El elector se mostró reacio, y es fácil ver por qué. Gustavo Adolfo había empleado el último decenio y medio en llevar adelante una guerra de conquista en el Báltico oriental. Una serie de campañas contra Rusia había dejado a Suecia en posesión de una porción de territorio continua que iba de Finlandia a Estonia. En 1621 Gustavo Adolfo había reiniciado su guerra

contra Polonia, ocupando la Prusia Ducal y conquistando Livonia (las modernas Letonia y Estonia). El rey sueco había empujado incluso al anciano duque de Mecklenburg a un acuerdo según el cual el ducado pasaría bajo Suecia cuando el duque muriese, un arreglo que socavaba el tratado de herencia de larga duración de Brandemburgo con su vecino del norte. Todo esto sugería que los suecos podían ser no menos peligrosos como amigos que como enemigos. Jorge Guillermo volvía a la idea de la neutralidad. Planeó colaborar con Sajonia y formar un bloque protestante que se opondría a la aplicación del Edicto de Restitución y que proporcionaría, al mismo tiempo, un elemento amortiguador entre el emperador y sus enemigos del norte, política que dio sus frutos en la Convención de Leipzig de febrero de 1631. Sin embargo, esta maniobra hizo poco para alejar el peligro al que se enfrentaba Brandemburgo desde el norte y el sur. De Viena salieron furiosas advertencias y amenazas. Entre tanto, se producían enfrentamientos entre las tropas suecas y las imperiales en todo Neumark, durante los cuales los suecos expulsaron a los imperiales de la provincia y ocuparon las ciudades fortificadas de Fráncfort del Óder, Landsberg y Küstrin.

Envalentonado por el éxito de sus tropas en el campo de batalla, el rey de Suecia exigió una alianza plena con Brandemburgo. La protesta de Jorge Guillermo de que quería permanecer neutral cayó en saco roto. Como Gustavo Adolfo le explicaba a un enviado de Brandemburgo:

No quiero saber ni oír nada sobre neutralidad. [El elector] ha de ser amigo o enemigo. Cuando yo llegue a sus fronteras, debe declararse frío o caliente. Esta es una lucha entre Dios y el demonio. Si mi primo quiere estar con Dios, entonces tiene que unirse a mí; si prefiere estar con el diablo, entonces realmente deberá combatirme; no hay tercera vía.⁷

Mientras Jorge Guillermo se andaba con rodeos, el rey sueco se llegó cerca de Berlín, con sus tropas tras él. Presa del pánico, el elector mandó a las mujeres de su familia a parlamentar con el invasor en Köpenick, a unos kilómetros al suroeste de la capital. Se acabó llegando a un acuerdo según el cual el rey entraría en la ciudad con 1.000 hombres para proseguir las negociaciones como huésped del elector. En los días siguientes,

que fueron de agasajos, los suecos hablaron de forma seductora de que podrían ceder partes de Pomerania a Brandemburgo, insinuaron la posibilidad de un matrimonio entre la hija del rey y el hijo del elector, y presionaron para llegar a una alianza, y Jorge Guillermo decidió compartir la suerte con Suecia.

Las razones para este vuelco en su política residían en parte en el comportamiento intimidatorio de las tropas suecas que, en un determinado momento, se acercaron a las murallas de Berlín con sus cañones apuntados contra el palacio real con el fin de convencer al asediado elector. Pero un importante factor que lo predispuso a ello fue la toma, el 20 de mayo de 1631, de la ciudad protestante de Magdeburgo por las tropas imperiales de Tilly. A la conquista de Magdeburgo le siguió no solo el saqueo que solía darse en tales acontecimientos, sino también la matanza de los habitantes de la ciudad, lo que se convertiría en algo fijo en la memoria literaria alemana. En un pasaje retórico clásicamente medido, Federico II describía así la escena:

Todo lo que a la licencia desencadenada del soldado puede ocurrírsele cuando nada contiene su furia, todo lo que la crueldad más feroz inspira a los hombres cuando la rabia ciega se apodera de sus sentidos, lo cometieron los imperiales en esta infeliz ciudad: las tropas corrían como jaurías, con las armas en la mano, por las calles, y masacraban indiscriminadamente a viejos, mujeres y niños, a aquellos que se defendían y a aquellos que no hacían ningún gesto de resistencia [...]. No se veían más que cadáveres aun doblados, amontonados o estirados, desnudos; los gritos de aquellos a los que se cortaba la garganta se mezclaban con los furiosos gritos de sus asesinos...⁸

Incluso para sus contemporáneos, el aniquilamiento de Magdeburgo, una comunidad de unos 20.000 ciudadanos y una de las capitales del protestantismo alemán, representó un choque existencial. Panfletos y periódicos circulaban por Europa, con traducciones literales de las diversas atrocidades cometidas.⁹ Nada pudo hacer más por dañar el prestigio del emperador Habsburgo en los territorios protestantes alemanes que las noticias del exterminio desenfrenado de sus súbditos protestantes. El im-

pacto fue especialmente pronunciado para el elector de Brandemburgo, cuyo tío, el margrave Cristiano Guillermo, era el administrador episcopal de Magdeburgo. En junio de 1631, Jorge Guillermo firmó, a regañadientes, un pacto con Suecia, según el cual aceptó abrir a las tropas suecas las fortalezas de Spandau (justo al norte de Berlín) y de Küstrin, en el Neumark, y pagar a Suecia una contribución mensual de 10.000 táleros.¹⁰

Pero el pacto con Suecia fue de breve duración, como la anterior alianza con el emperador. En 1631-1632 el equilibrio de poder volvía a ser favorable a las fuerzas protestantes, al penetrar profundamente los suecos y sus aliados sajones hacia el sur y oeste de Alemania, infligiendo graves derrotas a los imperiales. Pero el impulso de su ataque fue decreciendo tras la muerte de Gustavo Adolfo en un choque de caballerías en la batalla de Lützen, el 6 de noviembre de 1632. A finales de 1634, tras una grave derrota en Nordlingen, el predominio sueco se quebró. Exhausto por la guerra y sin esperanza de poder romper los lazos entre Suecia y los príncipes protestantes alemanes, el emperador Fernando II aprovechó el momento para proponer unos términos de paz moderados. La decisión funcionó: el elector luterano de Sajonia, que había unido sus fuerzas a las de Suecia en septiembre de 1631, ahora volvió al emperador. El elector de Brandemburgo se enfrentaba a una opción más difícil. El borrador de los artículos de la Paz de Praga ofrecía una amnistía y retiraba las exigencias más extremas del anterior Edicto de Restitución, pero seguía sin hacer referencia a la tolerancia del calvinismo. Los suecos, por su lado, seguían acosando a Brandemburgo para alcanzar un tratado, esta vez prometieron que Pomerania sería transferida completamente a Brandemburgo en cuanto acabasen las hostilidades en el imperio. Tras alguna atormentada tergiversación, Jorge Guillermo optó por buscar fortuna del lado del emperador. En mayo de 1635 Brandemburgo, junto a Sajonia, Baviera y muchos otros territorios alemanes, firmó la Paz de Praga. A cambio, el emperador prometía tratar de que las reclamaciones de Brandemburgo sobre el Ducado de Pomerania fuesen satisfechas. Se envió un destacamento de los regimientos imperiales para ayudar en la protección de la Marca, y Jorge Guillermo fue honrado —algo incongruentemente, dada su notable falta de aptitudes militares— con el título de *Generalissimus* del ejército imperial. Por su parte, el elector emprendió el reclutamiento de

25.000 hombres para apoyar el esfuerzo de guerra imperial. Por desgracia para Brandemburgo, estos apaños entre dos aguas con el emperador Habsburgo coincidieron con otro cambio en el equilibrio de poder en la Alemania del norte. Tras su victoria sobre el ejército de Sajonia en Wittstock, el 4 de octubre de 1636, los suecos eran de nuevo «señores de la Marca».¹¹

Jorge Guillermo empleó los últimos cuatro años de su reinado tratando de expulsar a los suecos de Brandemburgo y de hacerse con el control de Pomerania, cuyo duque murió en marzo de 1637. Sus intentos para reclutar un ejército de Brandemburgo contra Suecia dieron por resultado una pequeña y mal equipada fuerza, y el Electorado fue arrasado por los suecos y por los imperiales, y asimismo por las unidades menos disciplinadas de sus propias tropas. Tras la invasión sueca de la Marca, el elector se vio forzado a huir —y no sería la última vez en la historia de los Hohenzollern— a la relativa seguridad de la Prusia Ducal, donde murió en 1640.

Política

Con posterioridad, Federico el Grande describió al elector Jorge Guillermo como persona «incapaz de gobernar», y una historia de Prusia anotaba poco amablemente que el peor defecto de este elector no fue tanto «su mente indecisa» como la «ausencia de una mente capaz». Dos electores así, añadía, y Brandemburgo habría «cesado de proporcionar algo que no fuese historia parroquial». Las opiniones de este tipo abundan en la literatura secundaria.¹² Jorge Guillermo, sin duda, era una figura muy poco heroica, y él era consciente de ello. Había resultado herido gravemente de joven en un accidente de caza. Una profunda herida en un muslo se inflamaba de manera crónica, obligándolo a permanecer en una silla de manos y reduciendo su vitalidad. En una época en que los destinos de Alemania parecían descansar en las manos de señores de la guerra físicamente imponentes, el espectáculo del elector huyendo de aquí para allá en su silla de manos para evitar a las distintas fuerzas armadas que recorrían a sus anchas el territorio inspiraba poca confianza. «Me duele pro-

fundamente», escribió en julio de 1626, «que mis tierras hayan sido devastadas de esta manera y que yo haya sido tan ignorado y burlado. El mundo entero me toma por un cobarde sin carácter...».¹³

Con todo, las dudas y vacilaciones de estos años tienen menos que ver con las características personales del gobernante que con las dificultades intrínsecas de las opciones a las que tuvo que enfrentarse. Había algo irreductible, algo estructural en su difícil situación. Merece la pena resaltar esto, pues llama nuestra atención sobre una de las continuidades de la historia de Brandemburgo (luego de Prusia). Una y otra vez, los que tomaban las decisiones en Berlín se hallarían divididos entre varios frentes, forzados a oscilar entre varias opciones. Y en cada una de estas ocasiones el monarca sería vulnerable ante la acusación de haber dudado, engañado, de haber fracasado a la hora de decidir. Esto no fue consecuencia de la «geografía» en ninguno de sus sentidos más simplistas, sino más bien del lugar de Brandemburgo en el mapa mental de las políticas de poder europeas. Si tenemos presentes las líneas maestras de los conflictos entre los bloques de poder continentales de comienzos del siglo xvii —Suecia-Dinamarca, Polonia-Lituania, Austria-España, y Francia—, entonces se ve claramente que Brandemburgo, con sus prácticamente indefensas dependencias del oeste y del este, se hallaba en la zona en la que esas líneas se cruzaban. El poder de Suecia declinará más tarde, seguido del de Polonia, pero el surgimiento de Rusia como gran potencia plantearía de nuevo el mismo problema, y los sucesivos gobiernos en Berlín deberían elegir entre concluir alianzas, una neutralidad armada y una actuación independiente.

A medida de que se agravaron los problemas militares y diplomáticos de Brandemburgo, surgieron en Berlín facciones competidoras con objetivos de política internacional opuestos. ¿Se atendería Brandemburgo a su tradicional fidelidad al emperador del Sacro Imperio Romano y buscaría su seguridad del lado de los Habsburgo? Este era el punto de vista adoptado por el conde Adam Schwarzenberg, católico, originario del Condado de Mark, que había apoyado las reclamaciones de Brandemburgo sobre Jülich-Berg. De mediados de los años 1620 en adelante Schwarzenberg era el líder de la facción habsbúrgica de Berlín. En cambio, dos de los más poderosos consejeros privados, Levin von Knesbeck y Samuel

von Winterfeld, apoyaban rotundamente la causa protestante. Ambos campos lucharon duramente para controlar la política de Brandemburgo. En 1626, cuando el elector se vio forzado a una colaboración más estrecha con el campo Habsburgo, Schwarzenberg consiguió llevar a juicio a Winterfeld por traición y que fuese expulsado del país, pese a las protestas de los estados. En el otoño de 1630, por otro lado, cuando Suecia estaba en ascenso, apareció una facción prosueca, encabezada por el canciller calvinista Segismundo von Götzen, y Schwarzenberg tuvo que retirarse a Cleves, volviendo a Berlín solo tras una iniciativa aprobada por el campo imperial en 1634 y 1635.

También las mujeres de la corte poseían rotundas opiniones sobre la política exterior. La joven esposa del elector era hermana del gobernante calvinista del Palatinado, Federico V, cuyo país había sido invadido y devastado por las tropas españolas y de la Liga Católica. Lógicamente, aquella poseía un punto de vista antiimperial, lo mismo que su madre, que había unido a ella en el exilio desde Heidelberg, y la tía del elector, que se había casado con el hermano de Federico V. La madre luterana del elector, Ana de Prusia, era otra de las conocidas opositoras a los Habsburgo. Fue ella la que arregló el matrimonio de su hija María Eleonora con el rey luterano de Suecia en 1620, ignorando las objeciones de su hijo, el elector Jorge Guillermo.¹⁴ Su intención era apoyar la posición de Brandemburgo en la Prusia Ducal, pero se trataba de una acción muy provocadora en esos tiempos, pues Suecia estaba en guerra con Polonia, cuyo rey, al menos formalmente, era el soberano de la Prusia Ducal. Como sugieren estas iniciativas, las políticas dinásticas todavía funcionaban de un modo que daba notable voz a las consortes y a las parientes del monarca. Las mujeres de las familias dinásticas no eran precisamente garantías vivientes para las reclamaciones de herencias; también mantenían relaciones con cortes extranjeras, lo que podía ser de gran importancia, y no se sentían vinculadas necesariamente a la política del monarca.

En el estrecho círculo de la corte del elector se hallaban quienes poseían poder en la tierra, los estados provinciales, representantes de la nobleza luterana. Estos se mostraban profundamente escépticos respecto a las aventuras políticas exteriores de todo tipo, en especial cuando sospechaban que estaban motivadas por una adhesión a los intereses calvinistas.

Ya en 1623, una delegación de representantes de los estados de los propietarios de la tierra avisaron al elector sobre el entusiasmo de «consejeros de cabeza caliente», y le recordaron que las obligaciones militares de estos cubrían solo «lo absolutamente necesario para la salvaguarda de la tierra en caso de emergencia». Incluso tras repetidas incursiones de tropas protestantes e imperiales, los estados permanecieron impasibles a pesar de las súplicas del soberano.¹⁵ En su opinión, su función era prevenir aventuras injustificadas y preservar la estructura de los privilegios provinciales contra las incursiones del centro.¹⁶

Esta resistencia pasiva era difícil de combatir en tiempos de paz. Después de 1618, el problema empeoró por el hecho de que la guerra, en sus primeras fases, aumentó la dependencia del elector de las estructuras colectivas locales de su territorio. Jorge Guillermo no tenía una administración propia con la que recaudar las contribuciones militares, el grano u otras provisiones —todo esto debía llevarse a cabo por agentes de los Estados. Los órganos provinciales de la recaudación de impuestos permanecieron bajo control del estado en cuestión. Con sus conocimientos y autoridad locales, los estados jugaron asimismo un papel indispensable en la coordinación de los acantonamientos y alojamientos de etapas para las tropas.¹⁷ En ocasiones, incluso negociaban de forma independiente con los comandantes invasores sobre el pago de contribuciones.¹⁸

De todos modos, como la guerra se hacía interminable, los privilegios fiscales de la nobleza provincial comenzaron a parecer frágiles.¹⁹ Los príncipes y generales extranjeros no se sentían compungidos por extorsionar contribuciones a las provincias de Brandemburgo; ¿por qué el elector no debía tener su parte? Esto implicaría reducir las antiguas «libertades» de los Estados. Para llevar a cabo esta tarea, el elector se dirigió a Schwarzenberg, católico y extranjero, sin nexos con la nobleza provincial. Disminuyó el poder de los estados de supervisar los gastos del Estado y suspendió el Consejo Privado, transfiriendo sus responsabilidades al Consejo de Guerra, cuyos miembros se elegían por su completa independencia respecto a los estados. Resumiendo, Schwarzenberg instituyó una autocracia fiscal que quebró decisivamente las tradiciones corporativas de la Marca.²⁰ En los últimos dos años del reinado de Jorge Guillermo, Schwarzenberg llevó prácticamente la guerra contra Suecia, reuniendo a los harapientos

restos de los regimientos de Brandemburgo y lanzando una desesperada campaña de guerrillas contra las unidades del ejército sueco. Las peticiones de exención de impuestos por parte de las ciudades empobrecidas y dañadas por la guerra fueron rechazadas sin ceremonias, y aquellos que entraron en negociaciones con los invasores —sobre los acantonamientos, por ejemplo— fueron tachados de traidores.²¹

Schwarzenberg fue una figura controvertida entre sus contemporáneos. Los Estados, en un primer momento, habían apoyado su cautelosa política exterior proimperial, aunque posteriormente comenzaron a aborrecerlo por su ataque contra sus libertades corporativas. Sus procesos e intrigas le valieron el odio de sus opositores del Consejo Privado. Su fe católica fue un ulterior estímulo para su cólera. En 1638-1639, cuando el poder de Schwarzenberg estaba en su punto álgido, circulaban por Berlín panfletos que criticaban el «servilismo hispánico» de su gobierno.²² Sin embargo, retrospectivamente, es evidente que este poderoso ministro estableció cierto número de importantes precedentes. Lo que sobrevivió de su dictadura militar fue la noción de que al Estado, en tiempos de necesidad, se le podía justificar suprimir la molesta maquinaria de los privilegios de los estados y de la corregencia fiscal colectiva. Desde esta perspectiva, los años de Schwarzenberg representaron un primer experimento, no decisivo, de «gobierno absolutista».

Ruina generalizada

Para la población de Brandemburgo la guerra significó desorden, miseria, pobreza, privaciones, incertidumbre, migraciones forzadas y muerte. La decisión del elector de no arriesgarse a un compromiso con los protestantes después de 1618 inicialmente mantuvo a Brandemburgo fuera de los conflictos. Las primeras incursiones de entidad llegaron en 1626, con la campaña danesa en la Alemania del norte. En los quince años que siguieron, tropas danesas, suecas, palatinas, imperiales y liguistas invadieron las provincias de Brandemburgo, en rápida sucesión.

Las ciudades que se hallaban en el camino de los ejércitos que avanzaban se enfrentaron a la opción entre rendirse y admitir al enemigo, o

bien defender las murallas y sufrir las consecuencias si el enemigo conseguía abrirse paso, o abandonarlas completamente. La ciudad de Plaue, en el distrito de Havelland de Brandemburgo occidental, por ejemplo, se defendió exitosamente contra el ataque de una pequeña fuerza imperial, el 10 de abril de 1627, pero fue abandonada por su población al día siguiente, cuando el enemigo volvió en mayor número para reanudar el asalto. Apenas se habían instalado en la ciudad las tropas imperiales, cuando fue atacada, capturada y saqueada para las tropas danesas que avanzaban. En la ciudad de Brandemburgo el alcalde y la corporación de la Ciudad Vieja, en la orilla derecha del río Havel, acordaron abrir las murallas a los imperiales, pero los consejeros de la Ciudad Nueva, en la otra orilla, optaron por encerrarse quemando los puentes entre las dos zonas, atrancando sus puertas y disparando contra los invasores mientras se acercaban. Se produjo una feroz batalla, la artillería imperial abrió una brecha en las defensas de la Ciudad Nueva, y las tropas asaltaron la ciudad saqueándola en todas direcciones.²³

Las provincias más dañadas tendieron a ser, como Havelland o el Prignitz, aquellas en que los pasos de los ríos en las principales rutas militares de tránsito cambiaron repetidamente de manos a lo largo de la guerra. En el verano de 1627, las fuerzas danesas jugaron al gato y el ratón con las fortalezas imperiales en el Havelland, saqueando y asolando una serie de aldeas de pintorescos nombres: Möthlow, Retzow, Selebelang, Gross Behnitz, Stölln, Wassersuppe.²⁴ La mayoría de los comandantes consideraban a sus ejércitos como una propiedad personal, por lo que se mostraban reacios enviar a los hombres al combate a menos que fuese absolutamente necesario. Por ello, las batallas campales eran relativamente raras y los ejércitos transcurrían la mayor parte de los años de guerra haciendo marchas, maniobras y tareas de ocupación. Era un arreglo que ahorra soldados, pero que recaía gravemente sobre la población receptora.²⁵

La guerra provocó un drástico aumento de los impuestos y de otros pagos obligatorios. En primer lugar, estaba la «contribución», una combinación de tasa territorial y capitación, impuesta por el gobierno de Brandemburgo sobre su propia población para ayudar al ejército del elector. Luego existían las numerosas recaudaciones legales e ilegales impuestas

por las tropas extranjeras y propias. Aquellas podían ser acordadas entre los comandantes de las fuerzas de ocupación y los funcionarios gubernamentales o los alcaldes o los consejeros de las ciudades y otras poblaciones.²⁶ Pero se daban también innumerables episodios de extorsión, sin más. En el invierno de 1629, por ejemplo, los oficiales que mandaban las tropas acuarteladas en la Ciudad Nueva de Brandemburgo exigieron que los burgueses cubriesen por adelantado los costes de manutención de los siguientes nueve meses. Cuando estos se negaron, se crearon acantonamientos de castigo en el interior de la ciudad. «Y todo lo que no se bebieron o gastaron ellos mismos, lo destrozaron; derramaron la cerveza, desfondaron los toneles, destrozaron las ventanas, puertas y hornos y lo destruyeron todo».²⁷ En Straussberg, inmediatamente al norte de Berlín, las tropas del Conde Mansfeld exigieron dos libras de pan, dos libras de carne y dos cuartos de cerveza por individuo y día; muchos soldados se negaron a quedar satisfechos con la parte que les correspondía y «se zamparon y tragaron todo lo que pudieron». El resultado fue el descenso de los estándares nutricionales de los habitantes, un grave aumento en la tasa de mortalidad, un pronunciado bajón de la fertilidad en las mujeres en edad de procrear e incluso casos ocasionales de canibalismo.²⁸ Muchos, simplemente, huyeron de la ciudad llevándose sus bienes caseros con ellos.²⁹ En la tensa intimidad de los largos acantonamientos, hubo infinitas oportunidades, como confirman muchos de los testigos presenciales, para irrepetibles actos de saqueo y robo.

Todo esto significaba que la población, en muchas partes de Brandemburgo, fue aplastada lentamente por sucesivos estratos de extorsión. Un informe elaborado en 1634 nos proporciona en algún sentido lo que esto representó para el distrito de Oberbarnim, al norte de Berlín, cuya población era de unos 13.000 habitantes en 1618, pero que descendió a menos de 9.000 en 1631. Los habitantes de Oberbarnim habían pagado 185.000 táleros a los comandantes imperiales en 1627-1630, 26.000 táleros como contribución a las tropas suecas aliadas de Brandemburgo en 1631-1634, otros 50.000 táleros para los costes de los suecos en 1631-1634, 30.000 táleros para los costes de los regimientos de caballería sajones, 54.000 táleros a los distintos comandantes brandemburgueses, más otras varias tasas e impuestos excepcionales, sin contar otras muchas ex-

torsiones informales, incautaciones y confiscaciones. Esto, en una época en que un caballo costaba 20 táleros y un *bushel** de maíz, menos de un tálero, cuando un tercio de la tierra propiedad de los campesinos había sido abandonada o permanecía sin cultivar, cuando los trastornos de la guerra habían provocado la ruina de muchas ramas de la notable industria manufacturera, cuando el trigo que maduraba alrededor de la ciudad había sido pisoteado y aplastado por el paso de la caballería.³⁰

Las historias de atrocidades —relatos de extrema violencia y crueldad por parte de los hombres armados contra civiles— aparecían tantas veces en las descripciones literarias de la Guerra de los Treinta Años, que algunos historiadores se han visto tentados de descartarlas como componentes de un «mito de furia destructiva total», o una «fábula de ruina y miseria generalizadas».³¹ No hay duda de que las historias de atrocidades se convirtieron en un género en sí mismo en los informes contemporáneos de esta guerra; un notable ejemplo es el libro de Philip Vincent, *The Lamentations of Germany* [Las lamentaciones de Alemania], que enumeraba los horrores padecidos por los inocentes, mostrando láminas gráficas tituladas «Los croatas comen niños», «Narices y orejas cortadas para hacer cintas de sombrero», y otras por el estilo.³² El carácter sensacionalista de muchas historias de atrocidades no oscurecen el hecho de que estaban arraigadas, al menos indirectamente, en la experiencia vital de la gente real.³³

Los informes oficiales del Havelland recogen numerosos apaleamientos, incendios de viviendas, violaciones, una desenfrenada destrucción de la propiedad. La población de las afueras de Plaue, a pocos kilómetros al este de la ciudad de Brandemburgo, describían la marcha a través del país de las tropas imperiales en su camino hacia Sajonia, el día de Año Nuevo de 1639 «muchos ancianos fueron torturados hasta morir, muertos a tiros, varias mujeres y muchachas violadas hasta morir, niños ahorcados, a veces incluso quemados, o atados desnudos, de modo que morían por el frío extremo».³⁴

En una de las más evocadoras memorias que han sobrevivido de Brandemburgo, Peter Thiele, funcionario de aduanas y oficinista del mu-

* Medida de áridos anglosajona. En el Reino Unido equivale a 36,367 litros; en Estados Unidos, a 35, 237 litros. (*N. del T.*)

nicipio de la ciudad de Beelitz, cerca de Potsdam, describía la conducta del ejército imperial que cruzó por su ciudad en 1637. Para obligar a un tal Jürgen Weber, un panadero de la ciudad, a revelar dónde había escondido su dinero, los imperiales «introdujeron un trozo de madera de medio dedo de longitud, en su [pene], si me perdonan ustedes».³⁵ Thiele describía el «trago sueco», que se dice que fue inventado por los suecos, pero luego utilizado, por lo visto, por otros ejércitos y un tema fijo en las posteriores representaciones literarias de la guerra:

Los ladrones y asesinos cogieron un trozo de madera y lo clavaron en la garganta de los pobres desgraciados, moviéndolo y vertiendo agua, añadiendo arena o incluso heces humanas, y torturaban lastimosamente a la gente por dinero, como sucedió con un ciudadano de Beelitz, llamado David Örttel, que murió por esta causa poco después.³⁶

Otro hombre, de nombre Krüger Möller, fue capturado por los soldados imperiales, atado de pies y manos y quemado en una hoguera hasta que reveló el escondite de su dinero. Pero, apenas sus atormentadores se habían apropiado del dinero y se habían ido, otra partida de saqueadores de los imperiales llegaba a la ciudad. Al oír que sus colegas habían sacado 100 táleros a Möller, lo volvieron a poner en la hoguera y lo mantuvieron allí con la cara entre las llamas, lo asaron «durante tanto tiempo que acabó muriendo e incluso su piel se desprendía como la de una oca degollada». El comerciante de ganado Jürgen Möller fue, del mismo modo, «asado hasta que murió» por su dinero.³⁷

En 1638, los ejércitos imperiales y sajones pasaron por la pequeña ciudad de Lenzen, en el Prignitz, al noroeste de Berlín, donde se llevaron toda la madera y material de las casas, antes de emplear la antorcha contra ellas. Cualquier cosa que los propietarios rescataban de las llamas, los soldados se lo arrebatában a la fuerza. Acababan de marcharse los imperiales, cuando atacaron los suecos y saquearon la ciudad, tratando a los «ciudadanos, mujeres y niños de manera tan espantosa, que cosas así nunca se dijeron de los turcos». Un informe oficial, elaborado por las autoridades de Lenzen en enero de 1640 dibujó un terrible panorama: «Ellos ataron a nuestro honrado burgués Hans Betke a un poste de madera y lo



3. Atrocidades contra las mujeres en tierras alemanas durante la Guerra de los Treinta Años, *xilgrabado de Philip Vincent, The Lamentations of Germany [Las lamentaciones de Alemania] (Londres, 1638).*

asaron al fuego desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde, hasta que entregó su espíritu entre muchos gritos y dolores». Los suecos cortaron las pantorrillas a un viejo para evitar que anduviese, escaldaron a una matrona con agua hirviendo, hasta que murió, ahorcaron a niños desnudos en pleno frío y obligaron a personas a meterse en el agua helada. Unas cincuenta personas, «viejas y jóvenes, grandes y pequeñas, fueron martirizadas de esta manera».³⁸

Los hombres reclutados por el propio elector no eran mucho mejores que los invasores. También estos iban mal vestidos, subalimentados y desmoralizados. Los oficiales maltrataban a sus hombres con un régimen de castigos draconianos. Los hombres del regimiento del coronel Von Rochow eran «golpeados y apuñalados con pretextos triviales, se los hacía correr baquetas, se los marcaba con un hierro candente», y en algunos casos se les cortaba la nariz o las orejas.³⁹ No sorprende, quizá, que las propias tropas se portasen sin piedad en sus relaciones con la población civil local, lo que los llevaba a duras protestas contra sus «frecuentes extorsiones, saqueos, asesinatos y robos». Tan frecuentes eran estas lamentaciones que el conde Schwarzenberg convocó una reunión especial con los comandantes, en 1640, y los reprendió por vejar a la población civil con actos de insolencia y violencia.⁴⁰ Pero el efecto de la admonición desapareció pronto: un informe presentado dos años después, del distrito de Teltow, cerca de Berlín, afirmaba que las tropas del comandante brandemburgués von Goldacker estaban saqueando la zona, moliendo el maíz que encontraban y tratando a la población local «de un modo tan inhumano, e incluso peor, de como podía hacerlo el enemigo».⁴¹

Es imposible establecer con precisión con qué frecuencia se produjeron las atrocidades. La regularidad con la que tales relaciones se fueron recogiendo de un amplio muestrario de fuentes contemporáneas, desde narrativas personales a informes de los gobiernos locales, demandas y descripciones literarias sugieren ciertamente que eran generalizadas. Lo que está fuera de duda es su significado en la percepción contemporánea.⁴² Las atrocidades definen el sentido de esta guerra. Captan algo sobre ellas que ejerció una profunda impresión: la total suspensión del orden, la enorme vulnerabilidad de los hombres, mujeres y niños ante una violencia que hizo estragos sin freno, fuera de control.

Quizá el más elocuente testimonio de la dureza de las tribulaciones recogidas respecto a la población de Brandemburgo, entre 1618 y 1648, es, simplemente, el contenido en los registros demográficos. Enfermedades como el tifus, la peste bubónica, la disentería y la viruela hicieron estragos sin obstáculos en la población civil, cuya resistencia física se vio minada por años de precios elevados y mala alimentación.⁴³ En la Marca de Brandemburgo en conjunto, aproximadamente la mitad de la población murió. Las cifras varían de distrito a distrito; las zonas que estaban protegidas de la ocupación o del paso de los militares por vías de agua o ciénagas se vieron, en general, afectadas menos gravemente. En las orillas pantanosas del río Óder, conocidas como el Oderbruch, por ejemplo, una investigación llevada a cabo en 1652 mostró que solo el 15 por ciento de las granjas activas al comienzo de la guerra estaban todavía desiertas. En el Havelland, por el contrario, que sufrió casi 15 años de destrucción prácticamente ininterrumpida, la cifra era del 52 por ciento. En el distrito de Barnim, en el que la población se vio gravemente sometida a las contribuciones y acantonamientos, 58,4 por ciento de las granjas estaban todavía vacías en 1652. En las tierras del distrito de Löcknitz, en el Uckermark, en el límite norte de Brandemburgo, la cifra alcanzó el 85 por ciento. En el Altmark, a occidente de Berlín, la tasa de mortalidad creció de oeste a este. Entre el 50 y el 60 por ciento se calcula que perecieron en las comarcas cercanas al río Elba, en el este, que eran importantes zonas de tránsito militar; la tasa de mortalidad bajó del 25-30 por ciento en la porción media y el 15-20 por ciento en el oeste.

Muchas de las ciudades más importantes se vieron afectadas muy gravemente: Brandemburgo y Fráncfort del Óder, ambas en las áreas de tránsito claves, perdieron más de un tercio de su población. Potsdam y Spandau, ciudades satélites de Berlín-Cölln, perdieron más del 40 por ciento. En el Prignitz, otra zona de tránsito, solo diez de las cuarenta familias nobles que habían regido las mayores posesiones de la provincia seguían residiendo en ellas en 1641, y hubo algunas ciudades —Wittenberge, Putlitz, Meyenburg, Freyenstein— en las que no se habría podido encontrar nada.⁴⁴

Solo podemos imaginarnos el impacto de estos desastres sobre la cultura popular. Muchas de las familias que, después de la guerra, repobla-

ron los distritos más devastados eran inmigrantes de fuera de Brandemburgo: holandeses, frisonos orientales o provenientes del Holstein. En ciertos lugares el *shock* fue suficiente para cortar la continuidad de la memoria colectiva. Se ha observado, para Alemania en conjunto, que la «gran guerra» de 1618-1648 obliteró la memoria popular de conflictos anteriores, de tal modo que los muros y terraplenes medievales, antiguos o prehistóricos perdieron sus primitivos nombres y se comenzó a conocerlos como «murallas suecas». En ciertas zonas parece ser que la guerra rompió la cadena de los recuerdos personales, que era esencial para la autoridad y continuidad del derecho consuetudinario de base aldeana y no quedó nadie de una edad que pudiese recordar cómo eran las cosas «antes de que llegasen los suecos». ⁴⁵ Quizá sea esta una de las razones que explican la exigüidad de las tradiciones populares en la Marca de Brandemburgo. En los años 1840, cuando la pasión por recopilar y publicar mitos y otros componentes del folklore estaba en su apogeo, los entusiastas inspirados por los hermanos Grimm obtuvieron una escasa cosecha en la Marca. ⁴⁶

La gigantesca furia destructiva de la Guerra de los Treinta Años fue mítica, no porque no tuviese relación con la realidad, sino en el sentido de que quedó instalada en la memoria colectiva y se convirtió en una herramienta para reflexionar sobre el mundo. Fue la furia de la guerra civil religiosa —no solo en su nativa Inglaterra, sino también en el continente— lo que llevó a Thomas Hobbes a celebrar el estado del Leviatán, con su monopolio de la fuerza legítima, como redención de la sociedad. Sin duda era mejor, propuso, conceder autoridad al estado monárquico a cambio de la seguridad de las personas y de las propiedades, que ver el orden y la justicia hundirse en el conflicto civil.

Uno de los más brillantes lectores alemanes de Hobbes fue Samuel Pufendorf, jurista sajón, que basaba sus argumentos, asimismo, en la necesidad, para el Estado, de una visión distópica de un ambiente de violencia y desorden. La ley natural por sí sola no basta para preservar la vida social del hombre, argumenta Pufendorf en su *Elementos de jurisprudencia universal*. A menos que se estableciesen «soberanías», los hombres buscarían su bienestar solo por la fuerza; «en todos los lugares resonará la guerra entre quienes infligen y quienes tratan de repeler los daños». ⁴⁷ De ahí la

importancia suprema de los estados, cuya meta principal era «que los hombres, por medio de la cooperación y asistencia mutuas, se vean a salvo de perjuicios y daños que pueden y por lo general se infligen uno a otro». ⁴⁸ El trauma de la Guerra de los Treinta Años resuena en estas frases.

El argumento de que la legitimidad del Estado deriva de la necesidad de poner coto al desorden por medio de la concentración de autoridad se empleó ampliamente en la Europa de principios de la Edad Moderna, pero tuvo una especial resonancia en Brandemburgo. Se daba aquí una elocuente respuesta filosófica a la resistencia que Jorge Guillermo había encontrado por parte de los estados provinciales. Ya que era imposible, en paz y en guerra, llevar los asuntos de un estado sin incurrir en gastos, Pufendorf escribió en 1672 que el soberano tenía el derecho a «obligar a los ciudadanos individuales a contribuir con una proporción de sus bienes como la aceptación de esos gastos considera exigir». ⁴⁹

Así, Pufendorf derivó de la memoria de la guerra civil un poderoso fundamento para la extensión de la autoridad del Estado. Contra la «libertas» de los estados, Pufendorf afirmó la «*necessitas*» del estado. Al final de su vida, cuando tuvo un empleo como historiógrafo en la corte berlinesa, Pufendorf entreveró estas convicciones en una crónica de la historia reciente de Brandemburgo. ⁵⁰ En el centro de su escrito estaba el surgimiento del ejecutivo monárquico: «la medida y el punto focal de todas sus reflexiones era el Estado, sobre el que convergen todas las iniciativas como líneas hacia un punto central». ⁵¹ A diferencia de las toscas crónicas sobre Brandemburgo que habían comenzado a aparecer a finales del siglo xvi, la historia de Pufendorf poseía el hilo conductor de una teoría del cambio histórico que se centraba en el poder creativo, transformador del Estado. De este modo, construyó una narración de gran poder y elegancia que —para bien o para mal— dio forma, desde entonces, a nuestra comprensión de la historia prusiana.